

EL DOCTOR MANZANILLO
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá por la Compañía Bogotana de Comedias, en la noche del 6 de agosto de 1943.
La acción es en cualquier provincia de Colombia. Época actual.

REPARTO

MISIA TOMASA, dueña del Hotel de Chirítí	Maruja Montes
ESTRELLA, hija del empresario de Chirítí	Lyl Becerra Bretón
LOLITA, mecanógrafa oficial	Blanca Trujillo Echeverri
SILVINA, criada del pueblo	Leonor Arguello
MARGOT, mecanógrafa cesante	Ester Meza
CESAR MANZANILLO, político profesional	José Vargas
DON TIBERIO, gamonal de Chirítí	Dr. Juan C. Osorio
DON LINO, empresario conservador	Bernardo Duque
PIRULO, personero de Chirítí	Gabriel Restrepo
MODESTO, alcalde de Chirítí	Raúl Otto Burgos
CUNCIO, matón de vereda	Manuel Peña
CURA de Chirítí	Rafael Ortega Rubio
CRISTICO, el bobo del pueblo	Andrés Sicard
RODRIGUEZ, anciano burócrata	Alberto Ortega Rubio
GONZALEZ, joven burócrata	Jorge Sicard
POLICIA	Carlos Cortés

PRIMER ACTO

Sala amplia de hotel en el pueblo de Chirítí. Puertas al foro y a la izquierda del espectador. A la derecha un balcón a través del cual se ven los árboles de la plaza. En la pared del fondo, dominando el ambiente, retrato almidonado de Don Hipólito, que en paz descance, envuelto en su cinta funeraria y sobre una repisa con flores no muy frescas.

TOMASA. – (**Brava**). Mira... Mira... Una, dos, tres colillas

SILVINA. – (**Recogiéndolas**). Pero no ve sumercé que los pasajeros...

TOMASA. – ¡Qué pasajeros ni qué pan caliente!... ¡Perezal!... Que si no lo hago yo todo... Y mirá, mirá cómo está el polvo en esta consola. (**Limpia con un trapo**).

SILVINA. – Preste sumercé.

TOMASA. – A traer la escoba, es lo que has de hacer.

SILVINA. – El señor del cinco está esperando un vaso de agua.

TOMASA. – ¡Ah! ¿Sí? ¡Ya van dos vasos de agua!... Y en cada uno te quedas adentro media hora.

SILVINA. – (**Rezongando**). Mmmm... Hoy amaneció de un genio...

(**Entra CRISTICO, el bobo del pueblo, con su eterna sonrisa y un tic nervioso que resulta el mejor diagnóstico de áscaris y anemia tropical**).

CRISTICO. – Quee... quee... el del cinco... que.... que... qui hubo e l'agua.

TOMASA. – ¿Con que esas tenemos? Habrá que instalarle acueducto en la pieza... Llévasela, pues.

SILVINA. – (**Le hace señas al bobo por detrás de TOMASA, para que no vaya**).

CRISTICO. – ¿Yooo?...

TOMASA. – ¡Pronto!

CRISTICO. – Co... co... como ese no es mi ojicio...

TOMASA. – Aquí estás para hacer lo que te manden. ¡No faltaba más!

SILVINA. – Y tuavía no ha barrido el zaguán... (**Sale por la izquierda**).

TOMASA. – ¿No digo?... Y tampoco has traído el agua... ¡sabiendo que la del chorro no sirve ahora para tomar!

CRISTICO. – Es queee... queee... hoy son elecciones.

TOMASA. – ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

CRISTICO. – Que yo soy liiberal.

TOMASA. – ¡Miren al personaje! ¡No sabe leer y ya metido en política!... ¿También vas a echar discurso?

CRISTICO. – (**Exaltado**). Yo voto po... po... po..

TOMASA. – Por quien te dé la gana; que en eso aquí no se le contradice a nadie... Pero no te vas a la calle antes de terminar todo el oficio... ¡Pronto!... ¿Qué hubo?

CRISTICO. – (Saliendo). Eeeeeiii...

TOMASA. – (Sentándose, extenuada). ¡Ay, qué servicio!... ¡Ave María Purísima!... ¡Dame paciencia!

(Entra ESTRELLA, con sus veinticinco años frescos y hacendosos).

ESTRELLA. – Misiá Tomasa siempre rabiando... ¿Cuándo será posible verla en sus cabales?

TOMASA. – ¡Ay, mija! ¿Qué voy a hacer?... Me toca todo... Y para colmo, aquí han de ser siempre las juntas políticas y las peroratas.

ESTRELLA. – ¡Verdad! ¡Hoy está usted de mucho orador!

TOMASA. – Maña vieja... Si fuera a contar a todos los que han pasado por ese balcón desde que me conozco... La costumbre la trajo Hipólito, desde el tiempo de los conservadores... (Mira el retrato con ternura).... ¡Bien godo que era mijo!... ¡Que Dios lo tenga en su gloria!... ¡Ay, no le he cambiado sus florecillas!... Pero con estos bolates...

ESTRELLA. – Eso veo. – que por no interrumpir la costumbre de Don Hipólito, no sólo se olvida usted de él, sino que se pasa al bando enemigo.

TOMASA. – (Con aspaviento). ¿Yoo?.. ¡Eso sí que no!... Soy goda hasta la tierra que piso y el polvo que se levanta.

ESTRELLA. – (Mostrándole el balcón).... Pero de las que se voltearon en el año treinta.

TOMASA. – ¿Voltiarepas yo? No me conoce, Estrellita.

ESTRELLA. – Y entonces, ¿por qué alquila la tribuna de Don Hipólito para que nos pongan de oro y azul?

TOMASA. – Para lo que eso sirve mija... Si sabré yo... ¿Qué sacan con gastar la saliva cuando las elecciones están hechas desde antes de que las hagan?... Además, esto es un hotel. – ¡campo neutral!... Allá ellos... Como no se vayan sin pagarme la cuenta...

ESTRELLA. – (Picaresca). A propósito de cuentas, misiá Tomasa...

TOMASA. – Eso sí... Viene a cobrar... Porque para cobrador...

ESTRELLA. – Como todos los domingos. ¿No hemos quedado en eso?

TOMASA. – Oiga. – tenemos que hablar... ¡Mire que ponerme la panela a doce... y las sardinas a uno con cincuenta...! ¡Qué pecado!

ESTRELLA. – La guerra, misiá Tomasita.

TOMASA. – (Con los brazos en jarra). Pero es gana, ¿no?... ¡Ponerme a pelear por allá para que seamos nosotros los que pagamos el pato!... Y sea como sea: hoy no les doy ni un centavo mientras no me arreglen la luz. Anoche se fue a las nueve. Tuve que comprar velas... A lo mejor lo hacen con segunda intención.

ESTRELLA. – (Riendo). En fin. – eso arréglalo con papá, que ahora viene. El es quien administra las empresas. Yo no me entiendo sino con el almacén.

TOMASA. – ¡Irá uno a convencerlo!... Ayer me salió con la disculpa de que le faltaba un tornillo a la planta eléctrica, y que tampoco se lo despachaban, porque hay guerra europea... Con eso, y

hacer un chiste, y ahorcarlo a uno... Y el pueblo. – los víveres, la botica, los camiones, el café, la luz, el agua... ¡Qué gente!... ¿Y que van a hacer cine también?

ESTRELLA. – Para distraerla, misiá Tomasita.

TOMASA. – ¡Yo qué!... ¡Como no me le suban al arriendo!... ¡Y de pronto lo hacen!... ¡De pronto lo hacen!...

(Entra por la izquierda DON LINO, con paso firme, indumentaria muy provinciana y cincuenta años bien llevados).

LINO. – ¿Cuál es hoy el chisme?

TOMASA. – ¡Mírenlo! Acierta a descubrir cuando uno está hablando mal de él para tapar bocas.

ESTRELLA. *(Abrazando a LINO).* ¡Es más mal pensada, papá!

TOMASA. – Bueno. – haga su suma, niña Estrellita, y no pelaremos más; que a Dios gracias me pagaron por adelantado lo de la recepción.

ESTRELLA. – ¿Dónde hay un lápiz?

TOMASA. – Voy a traérselo.

ESTRELLA. – Yo voy a su cuarto, más bien. *(Se dirige al fondo).*

TOMASA. – Pero cuidado con esculcarme y leer las cartas de los novios.

ESTRELLA. – Me basta con verles la cara. ¡Toda la corte celestial!

TOMASA. – Búrlese de los santos!... ¡Búrlese de los santos!

(Sale ESTRELLA por el fondo).

LINO. – *(Sentándose).* Soy todo oídos, pues.

TOMASA. – *(Suplicante).* ¿Qué hubo de la luz, don Linito, que nos está tragando la oscuridad?... Pero miren esa india sinvergüenza:la mando por una escoba y... *(Va a la izquierda)*.... ¡Silvina!... ¡Silvina!...

SILVINA. – *(Lejos).* Mi señoraaa...

TOMASA. – ¿Qué hubo?... Va a venir gente y esto sin barrer.

LINO. – ¿Va a venir gente?... ¿Y a nosotros en qué especie nos clasifica, misiá Tomasa?

TOMASA. – ¡Ay, don Lino! – ¿no sabe por casualidad de una buena sirvienta?

LINO. – No es esa mi especialidad.

TOMASA. – ¡Ave María con don Lino! Usted siempre con sus cosas. Va uno a armarle pleito y a punta de bromas zafa el cabezal... Y a lo mejor es por no gastar que nos tiene así... Como no hay competencia... Y la luz es lo de menos: ¡El agua!... Es barro lo que viene por entre esos tubos... Ahora no me diga que es también por la guerra europea...

LINO. – No. Ese ya es mal de la tierra. ¿Le parece poco el invierno?

TOMASA. – Qué tal si salgo del burro y los barriles, y si despido al bobo.

LINO. – (**Abrazándola**). La precaución en pasta, es misiá Tomasita... De pronto, en un arrebato de prudencia, se acaba mi viudez.

TOMASA. – ¡Usted qué! ¡Ya papel quemao dos veces!... (**Al oído**). fuera de lo que tiene escondido... que todo se sabe.... Y con lo que le gustan ahora las volantonas...

LINO. – Otro mal de la tierra... como las lluvias... Viene por épocas.

TOMASA. – ¡Pero más descarado!... ¿Cree que no lo veo desde la ventana de mi cuarto?

LINO. – Usted es la perfecta gestapo.

TOMASA. – Sí... ¡Bastante que le tapo!... ¡Bastante que le tapo!... Dígame, ¿qué piensa hacer con tanta prole?... Vergüenza le debía dar con Estrellita.

LINO. – ¡Pero si le encantan los mocosos!

TOMASA. – ¡Qué cínico!... En fin, usted dirá que para eso es la plata. A cada uno le dejará una empresa... o al menos un bus.

(**Entra CRISTICO por la izquierda**).

CRISTICO. – (**Con una papeleta en la mano**).... Don Lino... Que si me hace el favor... ¿Qué dice ahí?

TOMASA. – A tu oficio te he dicho... Después, si quieras, puedes hasta tumbar al gobierno; pero ahora...

CRISTICO. – (**Enfadado**). Yo tengo de... de... derecho...

LINO. – Cuidado, misiá Tomasa; que las pasiones están exaltadas, y el pueblo es soberano... y no hay nada más temible que un bobo bravo.

TOMASA. – Le enseñaron a firmar hace ocho días y se ha puesto inaguantable. Cree que va para la presidencia.

LINO. – ¿A firmar nada más?... Pues por algo se empieza.

CRISTICO. – (**Mostrándole a LINO la cédula electoral**).... Y esta es laaa... chédula.

LINO. – ¡Ajá!... ¡También estás cedulado!

CRISTICO. – Y voy a votar.

LINO. – ¿Y qué es lo que quieras? ¿Que te lea?

CRISTICO. – Si... me hace el favor...

LINO. – (**Leyendo**). Mijitico, pues te han metido gato por liebre. Esta es la lista liberal.

CRISTICO. – (**Que se asusta al principio, le raja luego el papel, complacidísimo**).

LINO. – ¡Ajá! ¡Miren al bobo este!... El que menos corre vuela... En mis tiempos era monaguillo.

CRISTICO. – Pero ahora somos goobierno.

TOMASA. – Bueno, se acabó el cuento. Serás gobierno en la mitad de la calle, si quieres que te mantengan los que te enseñaron a firmar... Pero aquí mando yo... (**Lo empuja hacia afuera**).

CRISTICO. – (**Que sale riéndose, posesionado de su fuerza electoral**). ¡Eeeeiii...!

LINO. – ¿De modo que... a este también nos lo quitó el doctor Manzanillo?... Se mueve el muchacho; se mueve.

TOMASA. – Ahí tendrá usted que hacer excepción; y en vez de venir a cobrarle a uno, ir a votar...para tapar el roto.

LINO. – No, misiá Tomasita. Yo soy historia antigua... Piense: ¡técnico electoral durante diez años en tiempos de la hegemonía conservadora!... ¡Sí sabré de trucos!...

TOMASA. – Preciso: pues vaya a hacerlos.

LINO. – ¿Volvería yo a soldado raso después de haber sido mariscal de campo, con plenos poderes?...

TOMASA. – ¡Y bastante partido que le sacó, ¿no? ¡Sus tres viajes a la extranjería! ¡Y sus buenos contratos en tiempo de las vacas gordas!

LINO. – Por lo menos hacíamos campaña electoral sin tanto papeleo. Los voticos necesarios, y san se acabó... Y mucho más prácticas que las tales cédulas eran las excomuniones.

TOMASA. – ¿No digo, que es cínico?

LINO. – Mejor estamos así, misiá Tomasita... ¿No le parece?... ¡De abstencionistas!

TOMASA. – Sí. ¡Así se abstuviera uno de pagarle el arriendo!

LINO. – Eso ya es harina de otro costal.

TOMASA. – Don Lino: haga una rebajita, ahora que están tan mal las cosas... Sirva aunque sea en eso a los copartidarios.

LINO. – No sea llorona ni intrigante... Si yo sé que el negocio no anda mal; y por tanto...

TOMASA. – (**Alarmada**). ¡Ahora va a decir que le sube al arriendo! Mire, don Lino: como le dé por ahí, le entrego el mugre éste... Quién sabe si eso es lo que quiere: quedarse también con el hotel.

LINO. – Tranquilícese, misiá Tomasa. Ni le rebajo ni le subo... ni concibo en el pueblo otro hotel que el suyo... ¡El hotel de misiá Tomasa!... Eso es sagrado y eterno, como la Iglesia.

TOMASA. – Sí, ¡Bonito modo de sacar el cuerpo!

(**Entra MODESTO, el alcalde, muy endomingado a su manera, muy amable y reverencioso**).

MODESTO. – Muy buenas... ¡Oh, don Lino!... ¡Dichosos los ojos!... ¡Mi señora!... ¡Misiá Tomasa!... Para servirles, ¿no?

TOMASA. – ¿Y está hecho un pino el señor Alcalde!

LINO. – (**Golpeándole la espada**). ¡Está que habla!

MODESTO. – Gracias, gracias... Amabilidad, amabilidad... ¿Y qué me cuenta, misiá Tomasita?... Bueno. – a usted nunca le falta qué contar...

TOMASA. – ¿Qué he de contarle?... Que ahí le tengo al orador a cuerpo de rey.

MODESTO. – Todo admirable... ¿Y usted, don Lino, durmió bien?... Bueno: a usted no hay ni que preguntarle, ¿no?... ¡La salud misma! ¡Sí señor!... (**A TOMASA**) ¿Y ya se levantaría el doctor Manzanillo?

TOMASA. – Ni sé... Por ahí andaba pidiendo agua y más agua desde antes de hablar... Por lo visto para el discurso van a tener que echarle a la pila.

MODESTO. – Muy gracioso. Muy gracioso... ¡Esta misiá Tomasita!... La alegría del pueblo, ¿no?... Yo, como primera autoridad del lugar, no vacilo en reconocerlo.

LINO. – Es un espíritu comprensivo el señor Alcalde.

MODESTO. – Bondad suya, bondad suya... Nada más...

LINO. – Tenemos por ahí un asunto qué arreglar... Un favor que le voy a pedir...

MODESTO. – Hable por esa boca don Lino... Pero siéntese, siéntese...

TOMASA. – Voy a avisarle al doctor Manzanillo que usted está aquí.

MODESTO. – No se moleste... O en fin. – como usted quiera, como usted disponga.

LINO. – Y nos manda alquito para mojar la conversación.

(**Cuando TOMASA trata de salir por la izquierda, tropieza con PIRULO, el personero, que la abraza a la fuerza**).

TOMASA. – ¡Upa! ¡Ni que estuviera dando el tercero para misa de doce!

PIRULO. – Usted perdone, misiá Tomasa.

TOMASA. – (**Saliendo**). Despreocúpese, señor Personero... Como soy viuda y de la oposición, no es la primera vez que me atropella la autoridad.

(**Sale TOMASA**).

PIRULO. – (**Mirando al alcalde con torvo ceño y volviéndole luego la espalda**). Creí que llegaba tarde... ¡Salud, don Lino!

LINO. – (**Bromeando**). Y ustedes... ¿no se conocen?

PIRULO. – (**Muy seco**). Buenas.

MODESTO. – (**Volviendo la espalda**). ¿Qué hay?

LINO. – ¡Pero están que se comen!

MODESTO. – Yo, con el permiso de don Lino... (*Trata de retirarse*).

LINO. – (*Sujetándolo por un brazo*). ¡No hombre!... Venga para acá... ¿Qué sacan con vivir como perros y gatos?... ¡Y todo por chismes!... Eso va en perjuicio de la administración pública... (*Oyendo a la izquierda*). Misiá Tomasa: son tres cervecitas.

PIRULO. – A mí me es indiferente.

MODESTO. – Pues en cuanto a mí... don Lino... con perdón suyo... (*Va a evadirse de nuevo*).

LINO. – Dejen de estarse mirando como dos toches frente a una guayaba madura... Nada... ¡Venga un abrazo! (*Le echa a cada uno un brazo al hombre y ellos se vuelven la espalda*). ¡Parece mentira que sea un viejo godo el que está trabajando por la unión liberal!

(*Aparece por la izquierda EL CURA, manso y sonriente, de brazo con DON TIBERIO, cacique cincuentón*).

TIBERIO. – ¿Conspirando?

CURA. – Buenos y santos.

LINO. – ¡Caspita! ¡Si esto crece!... ¡Y el compadre Tiberio de brazo con el clero, a estas alturas!... ¡Estos liberales de ahora!...

CURA. – Campo neutral. Campo neutral.

LINO. – (*Yendo a abrazar al CURA*). ¡Condenado! ¿Con que fuiste tú quien le enseñó la frasecita a misiá Tomasa?... ¡Que buen catequista!... Misiá Tomasa: otras dos botellas.

TIBERIO. – A mí un ron... como siempre.

LINO. – (*Gritando*). Que más bien un ron para el compadre.

CURA. – A mi todavía nada.

LINO. – Una cervecita mañanera para espantar al demonio, que anda por aquí suelto metiendo cizaña.

CURA. – Será, pues.

LINO. – (*Mostrando al alcalde y al personero*). Y para consolarnos de haber perdido el mando por eso: por las discordias.

TIBERIO. – ¿Por eso nada más, compadre?

LINO. – A ver, compadre: aquí a calzón quitao: ¿cuántos votos piensas poner hoy?

TIBERIO. – Pues ahora no necesitamos contarlos por adelantao, porque somos mayoría efectiva, mas que te pese

LINO. – (*Mostrando otra vez al alcalde y al personero*). Pero... con su carcoma por dentro, ¿no es cierto?

PIRULO. – Pues ya que toca usted el punto, don Lino... y ya que dice que a calzón quitao... y me gusta que lo oiga don Tiberio... Que a mí me importa un pito que el Modesto sea el alcalde o no...

Que si le rebajamos el sueldo en el concejo fue por economía y no por pique, como él anda diciendo... Además, el cargo que yo tengo no es favor de nadie... ¡De nadie!... No necesito padrinos, ni lamberle a nadie la oreja para ganarme miserables cincuenta pesos... A mí me eligió el concejo, que es la opinión pública...

MODESTO. – Bueno, ala... Si yo me he quedado, ala, no es para molestias... sino accediendo a la gentil invitación de don Lino.

TIBERIO. – Y mía. No faltaba más... Y déjense de broncas que ahí viene el orador... Los trapos sucios se lavan en casa.

(*Entra MANZANILLO, muy bien peinado, muy bien dispuesto*).

MANZANILLO. – A la orden de ustedes, mis queridos copartidarios.

MODESTO. – ¡Doctor Manzanillo!... ¿Durmió bien?... No son muchas las comodidades que aquí podemos ofrecerle; pero... en fin: usted, como hombre de mundo, se adapta a todo... Perdón: este es don Lino La Gasca.

MANZANILLO. – Honradísimo... Le conocía de nombre, ¡cómo no!... ¿Quién no le conoce a usted?... Precisamente hablábamos ayer con el gobernador, de sus servicios al liberalismo.

PIRULO. – (*A TIBERIO*). ¿Se convence usted, de que ese alcalde es bruto?... (*Va a MANZANILLO a toda prisa*). Doctor, aquí tiene al jefe. – don Tiberio Gacharná.

MANZANILLO. – (*Efusivo*). ¡Oooh, don Tiberio! ¡A usted es de abrazo!... Le conocía de nombre nada más... ¿Quién no le nombra a usted en el directorio?... Pero como si hubiéramos vivido toda la vida juntos... ¡No sabe usted cuánto le aprecio!

TIBERIO. – Pues ahí a la orden.

MANZANILLO. – ¡Hombres como usted! ¡Esto es lo que necesitamos!... Pero tomamos algo, ¿no es cierto?

LINO. – Ya está pedido, doctor... Usted está en su casa.

MODESTO. – Don Lino es el dueño de esta casa, ¿sabe usted?... ¡Conservador de tuerca y tornillo!

MANZANILLO. – Sí... precisamente... de eso me había hablado también el gobernador...

MODESTO. – Pero comprensivo, ¿no? Complaciente, ¿no?...

LINO. – Al margen de todo por ahora, más bien...y muy contento de verle por acá.

MANZANILLO. – ¿Por qué al margen?... ¡Si ahora no hay fronteras políticas?... Y esto es precisamente lo que debíamos hacer extensivo a todo el país. – un clima de tolerancia... Cada cual en su torre doctrinaria, como es lo natural; cada quien aferrado a sus principios, vengan de las encíclicas... o de Moore... o de Mercier... o de Bakunin... o de Marx (*A cada cual le va soltando un autor, y acaba dirigiéndose al Cura*)... O del utilitarismo inglés... En esto de la tolerancia nos dan ejemplo los ingleses.

LINO. – Cómo, no, mi doctor... Y sobre todo los alemanes...

(*Regresa TOMASA*).

TOMASA. – Oigan, señores... Perdonen ustedes... Voy a rogarles que bajen más bien a la cantina... Como son elecciones y el señor alcalde prohibió la venta de licores...

MODESTO. – Yo no, misiá Tomasa... Es orden superior.

TOMASA. – Sea como sea. El hecho es que se fue la ventera y no hay quien despache... Pero entran por la puerta de atrás... Ya mandé al bobo para que los atienda.

TIBERIO. – Ahí si que como dicen, ¿no?... que la privación es causa del apetito.

TOMASA. – Pero ahora no le vayan a dar trago a Cristico, como hacen con los demás votantes... Tras de que está hoy tan altanero.

.. TIBERIO. – Reverendo padre. – usted a la vanguardia.

LINO. – (*Golpeando el hombro del CURA*). ¡A dar buen ejemplo!

CURA. – No, no, no... Perdonen ustedes... Yo me quedo acá...

(*Alboroto de todos, para obligarlo*).

CURA. – Perdonen ustedes... tengo que hablar con misiá Tomasa... Ahí tienen al doctor... ¿Para qué más?

(*Hablando todos al tiempo, salen por la izquierda TIBERIO, LINO, PIRULO, MODESTO y MANZANILLO*).

TOMASA. – Pero siéntese Su Reverencia.

CURA. – No está mal esta mecedora.

TOMASA. – ¿Recibió la crema de curuba que le mandé... y su presita de pollo?

CURA. – Todo al pie de la letra.

TOMASA. – Lo que se me olvidó mandarle fue lo de las misas de Hipólito (*Saca un pañuelo envuelto y va soltando nudos*) En esta semana me le dice una más que de costumbre... ya que con el cuento de la política esto se ha movido un poco.

CURA. – ¡Admirable!... (*Recibiendo el dinero*) si siguen estas agitaciones liberales, don Hipólito va a salir del purgatorio como pepe guama...

TOMASA. – No hay mal que por bien no venga.

CURA. – Y no termina ahí todo... Hoy vine exigente... Así lo va a pensar usted, al menos.

TOMASA. – ¡Supóngase! En todo lo que yo pueda servirle...

CURA. – Tengo el deseo de que, cuando venga la Semana Santa, representemos en el pueblo la pasión, a beneficio de la iglesia.

TOMASA. – ¿A lo vivo? ¡Qué lindo!

CURA. – A lo vivo, sí... Ya tengo el Judas, el Pilatos, el Caifás... y hasta la Magdalena... Pero no encuentro, así bien a mi gusto, una virgen...

TOMASA. – (**Con remilgos**). ¡Ay, Su Reverencia!... Ya sé por donde va Su Reverencia... Todo será; pero salir yo a las tablas... Yo, desde que murió Hipólito... ¡San Pablo Bendito!... Y de virgen menos... No, no, no, no...

CURA. – Lo que quiero es que usted, que conoce bien el pueblo... yo estoy tan recién llegado, y no domino todavía el ambiente... me aconseje una persona de gran simpatía... que no vaya a provocar resistencias... ni menos murmuraciones.

TOMASA. – (**Reflexionando**).... ¿Ni resistencias... ni murmuraciones?... ¿Dónde le conseguimos esa virgen al señor doctor?... ¡Lo veo tan difícil en este pueblo!... (**Pausa**). Dígame: ¿y Estrella?

CURA. – ¿La hija de don Lino?... Había pensado en ella... Pero es como tan rara... Desde que estoy aquí no ha ido a confesarse la primera vez.

TOMASA. – ¡Quién lo creyera!... ¡Y con el papá tan godo!... ¡Si el mundo está al revés!... O su buen pecado que tendrá entre pecho y espalda.

CURA. – No formulemos falsos testimonios.

TOMASA. – (**Echándose la bendición**). ¡Ay, Jesús me ampare!

(**Entran por la izquierda MANZANILLO y PIRULO**).

MANZANILLO. – Aquí podemos hablar... ¡Ah, ustedes perdonen!

CURA. – (**Poniéndose de pie**) No le estorbamos.

TOMASA. – ¿Se desayunó bien?

MANZANILLO. – Mejor que nunca, misiá Tomasa.

CURA. – He tenido mucho gusto de estrechar su mano... Siempre he admirado a las personas inteligentes... y activas.

MANZANILLO. – Muy amable, doctor... Y muy honrado en considerarme su amigo... No hay razón para que entre nosotros no reine completa armonía.

CURA. – Razón, ninguna.

MANZANILLO. – Doctrinariamente, nosotros proclamamos la separación de la Iglesia y el Estado... Pero en cuanto a armonía... y mutuo respeto... y sobre todo recíproco afecto... claramente lo dice la nueva carta fundamental... Así que... siempre a la orden, doctor.

CURA. – Lo mismo le digo yo. – a la orden en la casa cural.

MANZANILLO. – Honradísimo. Iré a visitarle.

CURA. – Aprovecharé esa oportunidad para mostrarle la iglesia. ¡Está tan destortalada!... ¡No se imagina cómo encontré eso!

TOMASA. – Daba lástima. Gracias a que su Reverencia...

CURA. – Yo estoy aquí desde hace casi un mes, nada más.

TOMASA. – Y lo quieren tanto ya, como si hiciera un siglo.

MANZANILLO. – Muy merecido.

CURA. – Es que yo pienso distinto de los que venían antes por aquí. Soy de la escuela nueva... Venían a predicar odio, a exaltar los ánimos... Y eso no está bien.

TOMASA. – ¡Con lo rojos que son aquí!... Piense, doctor, que, al otro párroco, para sacarlo del pueblo, lo montaron en un burro, y al pobre animal le prendieron cohete en la cola.

PIRULO. – Le buscó tres pies al gato.

CURA. – (*Tomando a PIRULO por el brazo*). Pero en el fondo son buenos... No es más sino saberlos llevar... Yo no me ocupo sino de arreglar la iglesia y ... y a ver si con influencia, doctor, nos consigue un pequeño auxilio para embaldosinar y acabar las torres.

TOMASA. – ¡Ay, sí!

MANZANILLO. – Tratándose de usted, doctor, será el primer proyecto que presente... Para usted, doctor, no digo dos torres. – dos basílicas. ¡Notre Dame y Santa Sofía!

CURA. – ¡Qué bondadoso!

TOMASA. – ¡Ay, doctor! Ya que usted es tan bueno... y me perdona el atrevimiento.... como tiene tanta palanca... a ver si es posible que me le consiguiera por ahí cualquier cosa a una sobrinita de Hipólito, que se quedó huérfana y sin a dónde volver los ojos... Cualquier cosa... Aunque sea un puestecito de maestra de escuela... Mire, doctor... con perdón de los presentes... ¿Por qué no cambian a la del Alto?

PIRULO. – ¿A la del alto?.. ¡Estoy de acuerdo!

TOMASA. – ¿No es cierto?... Dicen que a duras penas sabe firmar... Y que tiene por ahí sus enredos con...

CURA. – ¡Sh!... misiá Tomasa. – no nos consta.

PIRULO. – Pero cuando el río suena, piedras lleva.

CURA. – (*Evadiéndose a toda prisa*). Yo me voy, mi estimado doctor... Yo me voy... Por allá espero su visita.

MANZANILLO. – Iré sin falta.

(Sale el CURA).

TOMASA. – Y otro favorcito, doctor... Hay que aprovechar que lo tenemos aquí ahora... A ver si encuentra por allá un acomodo para Cristico... Lo tenía para traer agua; pero ahora, con el acueducto, no hay qué ponerlo a hacer... ¡Y tiene un entusiasmo por usted!... Bueno. – él es lento... ¡Pero tan honrado!... Puede usted dejarle oro en polvo.

MANZANILLO. – (*Ceremonioso, sacando su libreta*). ¿Cómo se llama?... Lo tendré en cuenta.

TOMASA. – Cristico.

MANZANILLO. – (*Escribiendo*). ¿Cristico qué?

TOMASA. – Ahí sí que me la pudo, mi doctor. Como que ni apellido tiene el pobre, ni se sabe dónde salió... Le mentan la madre los chinos de la escuela, y como si le hablaran en inglés... Pero la peor diligencia es la que no se hace... Voy a averiguar.

(Sale TOMASA por la izquierda).

MANZANILLO. – ¿Ya viene esa gente, personero?

PIRULO. – Le movilicé todas las veredas donde tengo influencia... Usted va a ver que quien mueve aquí más hilos no es don Tiberio, como todos creen... Vienen los de Rioblanco, los de Rionegro, los de Aguaclara, los de Aguasucia, los de Lagunagris... ¡Voy a inundarle esa plaza, para que se convenza!... Y si bajan los de Tierraseca, que es la única vereda enemiga, las dos entradas del pueblo están bien guardadas. Dudo que se atrevan esta vez a interrumpirnos el libre ejercicio del sufragio.

MANZANILLO. – Cuidado, personero, como perdamos. ¡Le va el pellejo!... Ya sabe que, teniéndome a mí en la asamblea, la secretaría es suya. Desde ahí observaremos lo demás y...

PIRULO. – Tiene que portarse bien... Piense que tengo un hermano con cinco hijos... y dos sobrinas más necesitadas que esa de misiá Tomasa.

MANZANILLO. – No se afane para todos habrá.

PIRULO. – Y luego, doctor, que a esto hay que darle un vuelco... Le hablo como izquierdista. Andamos diciendo que hay una revolución en marcha, y no la veo por ninguna parte.

MANZANILLO. – Sí, indudablemente. Hay que acelerar la marcha, que impulsar el ritmo.

PIRULO. – Sin ir muy lejos, ahí tiene usted a don Lino, que robó todo lo que pudo en la época de los empréstitos. Ahí está tranquilo, dueño de casi todo el pueblo, extorsionando a los habitantes y mandando la parada... Y el alcalde, detrás de él, como un perro falso, esperando propina... y detrás de don Tiberio, porque fue quien lo hizo nombrar... Y los dos gamonales, don Lino y don Tiberio, de brazo, porque son compadres... riéndose de todo para sus adentros... Estas son las cosas con que yo no puedo, doctor Manzanillo... Hay que comenzar por barrer a ese alcalde, que es un elemento pernicioso.

MANZANILLO. – Descuide, mi querido amigo. ¡Ya barreremos!... La escoba es hoy, en nuestras democracias, el primer instrumento de reforma social.

(Entra CUNCIO, campesino tortuoso, matrero, con su aura de tragos).

CUNCIO. – Señor personero. – con perdón de ustedes.

PIRULO. – ¡Ahí está el hombre!... ¡Adelante, Cuncio!... Aquí tienes al jefe: el doctor Manzanillo.

CUNCIO. – (**Limiándose la mano antes de darla**). Cuncio Cucunubá, pa servirle... Ahí si que... to lo que sea pal partido... que ahí tamos despuestos... Y el que ronque, que se deje e cosas. Porque... el señor personero me conoce y lo sabe muy bien.

PIRULO. – Es de una sola pieza... ¡Y un gran elemento!... ¿Ya viene tu gente, Cuncio?

CUNCIO. – Dentrando a la pieza... Ahí se le dio el aperitivo con los centavos que mando el dotor... que a gato mojao no le dentra cuchillo... Y ahí dará el dotor tamién pa las alpargatas; que

el trabajito no ha stao malo... Que lo que es eso... Díganmelo a yo... Tratándose del partido, como dice el señor personero...

MANZANILLO. – Pero, ¡cuidado con comprometerse!

PIRULO. – No hay que provocar a nadie. Sólo que nos provoquen.

CUNCIO. – ¡A quién se lo dice!... (**Se quita el sombrero y muestra una cicatriz en la frente**). Mire, dotor. – esto jue de muchacho, en tiempo e los godos... cuando no nos dejaban ni asomar las narices en día de elecciones... Pero se jueron tres pal hoyo... ¡Y ora que semos mayoría!... ¡Que priegunten quién es Cuncio Cucunubá!

MANZANILLO. – Pero repito. – solo en caso de legítima defensa...

CUNCIO. – Descuide, dotor... que bastantes ganas les tenemos a esos godos camanduleros de Tierraseca... pa mamatoquiarlos

PIRULO. – Ahí están entrando ya por todas partes... (**Se asoma al balcón, por donde llega a rumor de muchedumbre**).

(*Entran por al izquierda TOMASA, SILVINA. con la escoba y CRISTICO, complacidísimo*).

SILVINA. – (**Comienza a barrer**).

PIRULO. – ¿Pero crees que esta es hora de levantar polvo?

SILVINA. – Mandó mi señora.

TOMASA. – Ahora no. Ahora no...

SILVINA. – (**Se coloca, con la escoba como un fusil, a MANZANILLO, que recibe una ovación en el balcón**).

VOCES FUERA. – ¡Que viva el gran partido liberal!

¡Vivaaaa!

¡Que viva el orador!

¡Vivaaaa!

VOZ MASCULLADA. – Que viva-el gran par-ti-do con cher-va-dor...

VOCES DE OPOSICION. – No... No... Cállenlo... Chito... A la pila...

PIRULO. – (**Afanado, sale a toda prisa por la izquierda**).

(Quedan en escena Tomasa detrás de Silvina, y Cristico detrás de Tomasa, dispuestos a enterarse).

MANZANILLO. – (**Dominando el tumulto**). ¡Señoooooreeee... ¡Aquí toda expresión es lícita!... ¡Las opinooones... son opinooones! Porque la Democraaaciaaaa...

VOCES FUERA. – ¡Que viva el orador! ¡Vivaaaa!

MANZANILLO. – La Democraaacia que regaron con su sangre... (*Un gallo*). Los Graacos y Espartacos... ¡Los Marat y los Robespierre!... ¡Los Saco y Vanzetti!!!

VOCES FUERA. – ¡¡Bravoooo!!

MANZANILLO. – ¡La Democracia, señores!... ¡Nuestro ideal máximo!... (**Nasal quejoso**). ¡¡ideal de multitudes, como los peces del Tiberíades y los beejucos soonoros del troooopico, (pausa)... es el llamado a dar pan al hambriento... y agua al sediento!... (**A Silvina, en tono familiar**). Un vasito de agua, por favor.

SILVINA. – (**Suelta la escoba y sale corriendo por la izquierda**).

TOMASA. – (**Levanta la escoba, mirando a la criada con aire de reproche**).

MANZANILLO. – (**Irguiéndose de nuevo**). La Democraaaaacia, que en estos momentos decisivos para la causa del género humano... en que caudillos sanguinarios, como jinetes del Apocalipsis, pisotean inmortales principios de Locke, y de Rousseau, y de Charles Fourier, y de Saint Simon, y de Ricardo, y de Kautzky, y de Engels...

CRISTICO. – (**Convencido y entusiasmado, levantando en alto la papeleta, avanza dispuesto a abrazar al orador**).

TOMASA. – (**Lo contiene y lo saca por la izquierda, golpeándolo con la escoba**). ¡A callarte!

(**Salen CRISTICO y TOMASA. Segundos después entra TIBERIO por la izquierda con aire de indiferencia y se sienta**).

MANZANILLO. – La Democracia, he dicho... (**Con voz solemne y algo cavernosa**).... os pide vuestros votos honrados conscientes y altivos, para sacar al pueblo de la miseria y la ignorancia, y hacer triunfar, sobre el caos humano, el perdón de la patria...

VOCES FUERA. – ¡¡Bravoooo!!

TIBERIO. – Bien, doctor... Bien.

MANZANILLO. – (**Limiéndose el sudor**). ¡Don Tiberio!... ¿Estaba usted aquí?... ¡Muy honrado!

TIBERIO. – Vine por ser usté; porque a mí no me interesan los discursos. Ni los entiendo, pa qué es decir... Me gusta ir al grano... De todos modos, con gritos o sin ellos, ahí están sus dos mil votos... Basta que sea usté el hijo de mi compadre Dimas.

MANZANILLO. – Sabré corresponder a esa amistad... y espero contar con su ayuda... y con sus luces.

TIBERIO. – ¿Las luces?... Esas son del compadre Lino... A peso el foco nos cobra ese ladrón... Pero mi ayuda... ¡toda la que quiera!... Eso sí: el hecho es que no conjundamos la indiología del partido con el bochinche... El caso del personero, por ejemplo... Ahí está: en vez de dejar que las cosas sucedan en paz, tal como están ya arregladas, se pone a armarse con broncas, todo pa' que digan que tiene influencia... Como si la influencia se consiguiera jartando guarapo con ñor Raimundo y tuel mundo... y alborotando los peones con el cuento e que uno les roba... Eso no, mi doctorcito... Pero a todo puerco gordo llega su San Martín... Ese apareció, muerto de hambre, se tiene que ir pronto con la música a otra parte... Y si es necesario, tengo quien lo despache.

MANZANILLO. – De eso yo me encargo, don Tiberio. Ya verá... Sin necesidad de violencias ni de disgustos... Es cuestión de tacto... Ya verá.

TIBERIO. – Yo sé que anda por ahí haciéndole la guerra al alcalde, todo porque es persona de bien, que está siempre con uno y entiende las cosas... Y otro asunto, mi doctor don César:por ahí vino un tal inspector, de esos de la educación, que no hacen más que llenar papeles... unos papeles que llaman tiestos...

MANZANILLO. – ¿Que llaman qué?

TIBERIO. –...Unas listas ahí con preguntas y más preguntas, como si no fueran ya bastantes las del catecismo del padre Astete.

MANZANILLO. – ¡Ah!... Los tests...

TIBERIO. – Dejémoslo en inglés pues... El hecho es que dijo que iba a mandar cambiar a la maestra del Alto, de seguramente porque no le está mostrando los dientes... Esa niña me la dejan ahí quieta... Esa la recomendé yo en las elecciones del año pasado... No será un as, ni les llenará bien los tiestos esos... pero... ¡a esa la defiendo yo, como ustedes dicen, la carrera administrativa!

MANZANILLO. – En eso estamos de acuerdo, don Tiberio, La carrera administrativa es una de las grandes necesidades de este país. En eso sostengo yo sin rodeos las teorías corporativas. Mientras no tecnifiquemos, don Tiberio; mientras no tecnifiquemos...

TIBERIO. – Pues yo no entiendo mucho de arandelas, don Cesarito... Sea que vayan a cuerperizar o a tornificar, ahí me la dejan... Y no hablemos más, que usted estará cansao... y yo siempre voy a dar mi vuelta por las urnas... Hasta cada rato, ¿no?

MANZANILLO. – Cuente usted conmigo, don Tiberio... ¡Para todo!... ¡Para todo!...

TIBERIO. – Y ya sabe... a la niña del Alto... como vuelvan a molestarla, yo mismo le rompo al inspector los tiestos en sus narices.

(Sale TIBERIO por la izquierda, en momentos en que ESTRELLA aparece por el fondo, con un libro en la mano, mirando a MANZANILLO con franca curiosidad).

MANZANILLO. – ¿Señorita?

ESTRELLA. – **(Insinuante).** Doctor...

MANZANILLO. – ¿Me necesitaba usted?

ESTRELLA. – No.

MANZANILLO. – ¿Puedo servirle en algo?

ESTRELLA. – En nada. Gracias.

MANZANILLO. –... ¿Creo que ya nos habíamos visto?

ESTRELLA. – ¡Cómo no!

MANZANILLO. – Usted perdone... no recuerdo...

ESTRELLA. – Ayer tarde... Entró usted al almacén un momento a comprar una caja de fósforos.

MANZANILLO. – ¡Ah, sí sí sí sí...!

ESTRELLA. – (Con ironía muy fina). ¡El día de mejor venta!

MANZANILLO. – Perdóneme. Cuando uno viaja, se confunden un poco las fisionomías.

ESTRELLA. – No tenga cuidado... En todo caso, la amnesia está compensada... porque viajar debe ser algo delicioso... y debe dar mucha experiencia...

MANZANILLO. – (Despectativo). Sí... Es agradable... Y algo deja... (Con galantería elemental).... Aunque, al tropezar con una mujer tan bonita como usted, cualquiera preferiría quedarse prendido a un mostrador.

ESTRELLA. – (Riendo). ¡Qué finura! Veo que los viajes le han debilitado la memoria, pero en cambio le hipertrofian la cortesía... ¿Ha estado usted en la China?

MANZANILLO. – No, señorita... Apenas he recorrido algo el país... Y eso, en épocas electorales.

ESTRELLA. – ¡Qué agradable! ¿No? Siempre tiene sus ventajas la política... ¡Y como usted es tan buen orador!

MANZANILLO. – Gracias... La práctica... ¿Me oyó usted?

ESTRELLA. – No perdí ni una coma... No entendí todo, pero está; porque domina usted tantos autores...

MANZANILLO. – (Observando el libro que ella lleva). ¿Qué lee?

ESTRELLA. – Cualquier cosa... para distraerme...

MANZANILLO. – ¿Me permite usted?

ESTRELLA. – Con mucho gusto. (Le da el libro).

MANZANILLO. – (Hojando y sorprendiéndose). ¡Ah!... ¡En inglés!... (Con mayor sorpresa).... ¿Le gusta a usted Wilde?

ESTRELLA. – (Indiferente). No me disgusta.

MANZANILLO. – ¿Aprendió el inglés aquí en Chirítí?

ESTRELLA. – Sí... Con don Tiberio... el que le hizo ganar las elecciones.

MANZANILLO. – ¿Es políglota?

ESTRELLA. – No... Pero es mi padrino.

MANZANILLO. – ¡Es usted hiriente!

ESTRELLA. – ¿Yooo?... ¡Jamás!

MANZANILLO. – ¡Y también humorista, con nosotros los pobres forasteros! ¡Digna discípula de Oscar Wilde!

ESTRELLA. – No crea. Me gusta más la ingenuidad de Walt Whitman.

MANZANILLO. – (Impulsivo). ¿De quién?

ESTRELLA. – ¿No lo conoce?... ¡El competidor!... ¡El turco de la esquina! Pero qué va a conocerlo usted, si es gente menuda... ¡Usted, tan erudito!

MANZANILLO. – Deje esa ironía de mal gusto.

ESTRELLA. – ¡Ironía?... ¡Qué iba yo a atreverme con una notabilidad política!... ¡Un futuro representante!... ¡Un futuro ministro!... ¡Y hasta embajador!

MANZANILLO. – ¿Le interesa la política?

ESTRELLA. – Me interesó... Pero en tiempo de los conservadores... (**Con jactancia**).... Cuando papá era el que hacía las elecciones.

MANZANILLO. – ¡Ah! ¡usted no es de los nuestros!... ¡Con razón!

ESTRELLA. – (**Divertida**). Olivos y aceitunas, todos son unos.

MANZANILLO. – Pero usted... perdón... se ve que no ha sido educada en este ambiente... Se educó, como yo, en Bogotá, ¿no es cierto?

ESTRELLA. – (**Con tono cándido**). No... Nunca aspiré a tanto... Ni conozco Bogotá.

MANZANILLO. – Pero usted no es de aquí, ¿verdad?

ESTRELLA. – Pura chiriteña... lo mismo que usted.

MANZANILLO. – Pero su educación.

ESTRELLA. – ¡En qué poco estima usted a nuestro pueblo! ¡Si de aquí salen muchas notabilidades políticas!... Es que no ha visitado todavía la universidad... ni el jardín zoológico...

MANZANILLO. – (**Desconcertado y vencido en la faena**). En fin, señorita... Si usted ha resuelto tomarme el pelo... tengo mucho gusto...

ESTRELLA. – Excúseme si le he ofendido... Con su permiso... (**Toma el libro**).

MANZANILLO. – Lo tiene usted.

(TOMASA aparece por el fondo).

ESTRELLA. – (**Saliendo por la izquierda**). Le deseo muchos triunfos... Y que vuelva por acá, a este pobre pueblo... Pero no en elecciones... Con menos prisa. Conocerá muchas cosas interesantes... (**Sale**).

TOMASA. – ¡Doctor!... ¡No sea bobo!... ¡Apúntese a esa!

MANZANILLO. – ¿Cree usted?

TOMASA. – ¡El mejor partido del pueblo!... ¡Mejor que la política!

MANZANILLO. – (**Mirando hacia la izquierda**). La política es mi estrella, misiá Tomasa.

TOMASA. – ¡Su estrella es esa, no sea bobo!... ¡Educada en Europa!... ¡Y en Nueva York!... ¡Con doscientos mil pesos!... ¡Como para usted!... (**Decidida, tomándole del brazo**). ¡Esas elecciones sí se las ayudo a ganar yo! ¡Eche por ahí, mi doctorcito!...

TELON

SEGUNDO ACTO

Despacho del gobernador, en una capital de provincia. Al fondo, muro con óleos de Bolívar y Santander. Puertas a los lados. Escritorio del jefe, con dos teléfonos, y de la mecanógrafa con máquina de escribir. Sillas confortables. LOLITA, una secretaria de poco más de veinte años, escribe en la máquina. Por la puerta de la derecha asoman sigilosamente GONZALEZ y RODRIGUEZ. El primero es joven y decidido; el otro tiene barbilla blanca y cabeza calva, que hablan de sesenta años vividos rutinariamente y en broma.

GONZALEZ. – Lolita: ¿no ha llegado el doctor Manzanillo?

LOLITA. – Todavía no.

RODRIGUEZ. – (*Asomando la cabeza, muy precavido*). ¿Vendrá esta tarde?

LOLITA. – No creo. Está invitado a un matrimonio... Y por la noche tiene que hablar en un banquete.

RODRIGUEZ. – (*Avanzando ya sin miedo*). ¡Sabrosa vida!

GONZALEZ. – No hay como ir palo arriba. En la secretaría de higiene y previsión social era el primero en marcar tarjeta... Desde que lo encargaron del despacho por renuncia del gobernador, no se le ve casi la cara.

LOLITA. – ¡Tiene tanto compromiso! ¡Y tanto trabajo por fuera!

RODRIGUEZ. – ¿Será cierto lo que dicen? ¿Que lo van nombrar gobernador en propiedad?

LOLITA. – No sé nada... ¡Me gustaría; porque es tan buen jefe! ¡Tan considerado!

GONZALEZ. – No se haga ilusiones, Lolita. He oído decir lo contrario: que ni siquiera lo dejan de secretario de higiene, porque allá no ha hecho sino colocar parientes y comprar drogas a sus calanchines.

LOLITA. – ¡Cómo hablan!

RODRIGUEZ. – Esa es la política... Jefe... Jiji...

GONZALEZ. – Pero no se ponga tan seria, Lolita, por tan poca cosa.

RODRIGUEZ. – ¿Sería ella?... En los veinte años que llevo acá jamás he visto un rostro más amable, ni una sonrisa más complaciente.

LOLITA. – ¿Veinte años ya, señor Rodríguez?

RODRIGUEZ. – No me faltan sino dos meses para pedir la jubilación... Pienso asegurar mi pensioncita para los cuarenta o cincuenta años de vida que me quedan... (*Se frota las manos con delicia*).... Cuando me la den, ¡abur!... No me vuelven a ver la cara en esta cárcel modelo.

GONZALEZ. – Tenemos que hacerle entonces con anticipación el banquete de despedida... ¿Qué opina, Lolita?

LOLITA. – Ya lo creo.

RODRIGUEZ. – Gracias, gracias... Pero no banquete: ternera a la llanera.

LOLITA. – ¡Qué señor Rodríguez!

GONZALEZ. – Lo despedimos esta misma tarde... Tomamos el té juntos... ¿Qué dice, Lolita?... ¡Usted va ser la reina de la fiesta!

RODRIGUEZ. – ¿El té?... ¿Los tres?... Para despedirme... y quedarse los dos solos... ¡Linda despedida!

LOLITA. – Hoy siento mucho no poder ir, porque tengo un compromiso.

RODRIGUEZ. – A propósito de compromisos, me hacen acordar ustedes de un cuento...

GONZALEZ. – (Sentándose en el escritorio del gobernador). ¡A ver! ¡A ver!

LOLITA. – (Saliendo de su sitio con entusiasmo). ¡A mí me encantan los cuentos del señor Rodríguez! ¡Tiene tanta gracia!

RODRIGUEZ. – Pues oriloverán... Era una muchacha muy remilgada, ¿no?... muy movidita, ¿no?... (La imita en el andar).

GONZALEZ. – Juá, juá, juá. igualita.

LOLITA. – (Divertidísima). ¿Y qué?

RODRIGUEZ. – Se comprometió para casarse, y fue a ver al médico... (Con voz y remilgos de mujer). ¡Ay, doctor!... Vengo a ver si me quita una cosa horrible espantosa que tengo en el estómago... (Voz bronca y ceremoniosa).... Veamos, mi señorita... (Se acerca a Lolita, le pone una mano en el vientre y golpea con el índice de la otra).... Mmm... El hígado está bien... El riñon también... A ver cómo anda el corazón...

LOLITA. – (Muerta de risa). Ahí no es el corazón, señor Rodríguez... y me hace cosquillas...

RODRIGUEZ. – (Con su voz). Precisamente: eso dijo la señorita... Y no era mal del corazón... En fin: en cierto modo... Y entonces el doctor... (Voz del médico).... Vamos a estudiar el caso, dijo, un poco más a fondo... (Mostrándole hacia la izquierda).... Haga el favor, señorita de pasar a aquella habitación, y desnudarse.

(Al dar RODRIGUEZ media vuelta aparecen por la derecha MANZANILLO, con jacket y sombrero de copa, y PIRULO en traje de calle. GONZALEZ se retira del escritorio gubernamental y LOLITA se sienta en el suyo... Pero RODRIGUEZ, que no ha visto a los recién llegados, continúa su historia).

RODRIGUEZ. – (Con voz y pasitos muy afeminados). ¡Ay, doctor!... ¿Desnudarme yo?... ¿Desnudarme?... ¡Ay, doctor!... (Al dar de nuevo media vuelta queda estupefacto).... ¡Ay, doctor!

MANZANILLO. – (Sin inmutarse). ¿Ustedes dos son empleados de la gobernación?

RODRIGUEZ. – Sí, doctor.

MANZANILLO. – ¿En qué sección?

RODRIGUEZ. – Secretaría de Obras Públicas, doctor... Vinimos porque...

GONZALEZ. – Nos dijo el jefe de oficina que le preguntáramos a usted si...

MANZANILLO. – Los jefes no necesitan enviarme delegaciones... y menos por duplicado... Vayan a informarlo así.

RODRIGUEZ. – (*Muy sumiso y respetuoso*). Está bien, doctor.

MANZANILLO. – En seguida se acercan los dos a la secretaría de gobierno y extienden la renuncia.

RODRIGUEZ. – (*Tambaleando*). ¿La... la... la... qué, doctor?

GONZALEZ. – (*Altivo*). ¿Por qué, doctor?

MANZANILLO. – ¿También tengo que dar explicaciones?

RODRIGUEZ. – Reconozco, doctor, que... tal vez hemos cometido una falta... Pero... Doctor: sólo me faltan dos meses para recibir la pensión.

MANZANILLO. – ¡Admirable! Ahorrémosle aunque sea eso al tesoro público.

RODRIGUEZ. – (*Arrodillándose casi, con las manos puestas*). ¡Soy padre de familia, doctor!

MANZANILLO. – El Estado no tiene por qué intervenir en la vida privada de los ciudadanos... (*Con suave energía*).... Hagan el favor, señores. – ¡la renuncia!... Si no quieren que les destituya.

GONZALEZ. – Vamos, Rodríguez qué caray... Ya vendrá otro Manzanillo que le eche a él también al asfalto.

RODRIGUEZ. – (*Saliendo por la derecha*). Pero Gonzalitos: ¿Por qué no me esperé dos meses más para echar el último cuentecito?...

(*Salen RODRIGUEZ y GONZALEZ por la derecha*).

MANZANILLO. – ¿Qué cargos desempeñaban esos prójimos?

LOLITA. – El viejito, el señor Rodríguez, es escribiente, con ochenta pesos.

MANZANILLO. – ¿Y el muchacho?

LOLITA. – Creo que oficial segundo.

MANZANILLO. – (*A PIRULO*). Nos cayeron como llovidos del cielo.

PIRULO. – Eso veo.

MANZANILLO. – (*A LOLITA*). Entonces anote, Lolita: el cargo de escribiente se lo damos al muchacho de Chiríti que nos recomendó don Tiberio.

LOLITA. – ¿A cuál de ellos?

MANZANILLO. – Al último. Ahí debe estar el nombre.

LOLITA. – ¡Ah, sí! Marcos Quijada.

MANZANILLO. – Maravilloso. Ya resolvimos el problema de esa quijada... El otro, ¿cuánto tiene?

LOLITA. – Me parece que son ciento veinte.

PIRULO. – Ese puesto para el Juan Lizarraga, que ofreció ponernos ochocientos votos en la región de Guamal.

MANZANILLO. – Pues no habiendo otra cosa... Entonces, Lolita, apunte: Juan Lizarraga... Que extiendan esos dos nombramientos.

LOLITA. – ¡Ay, pobrecito el señor Rodríguez!

MANZANILLO. – (*Mostrándole la puerta*). Bueno, bueno: ganemos tiempo.

(*Sale Lolita por la derecha*).

MANZANILLO. – ¿Salió el artículo sobre mí en el diario?

PIRULO. – Me estuve en el periódico hasta que lo vi armado en primera página.

MANZANILLO. – ¿Salió con mi retrato?

PIRULO. – Claro, ala. Con el de dos columnas.

MANZANILLO. – ¿Qué hubo en la Federación Sindical?

PIRULO. – Allá estuve también, sesionando... Propuse, como me sugeriste, que te invitaran a dar una conferencia sobre carrera administrativa.

MANZANILLO. – ¿Y...?

PIRULO. – Hubo alguna resistencia, porque allá está un sujeto que botaste de la secretaría de higiene para colocar al manco Estrada... Pero lo barrí.

MANZANILLO. – (*Abrazándolo*). ¡Eres el mejor secretario privado que hay en el mundo!

PIRULO. – Todo lo que se relacione contigo, para mí ese es el partido.

MANZANILLO. – Mira. – ya terminé el reportaje para mañana... Este lo llevas a «La Lucha», que es la que más circula... Pero siéntate a la máquina, que falta ponerle punteras y tacones.

PIRULO. – (*Yendo decidido a la máquina*). Descuida. Yo te lo remonto.

MANZANILLO. – Voy a dictarte yo mismo el principio.

PIRULO. – Échale, pues.

MANZANILLO. – (*Paseándose*). Como anda el rumor, grato para todo el mundo, de que en la capital de la república se baraja para la gobernación del departamento...

PIRULO. – Miento...

MANZANILLO. –... El nombre del connotado estadista y parlamentario doctor César Manzanillo...

PIRULO. – Ya...

MANZANILLO. – ... Y como él, por su talento excepcional, y por su carrera tan corta como brillante, goza de confianza y simpatía generales... hasta el punto de que su escogencia sería el mejor acierto del gobierno nacional.. Y como además carece de resistencia hasta en los mismos flancos de la oposición...

PIRULO. – Ala. – perdona. ¿Convendrá eso último?

MANZANILLO. – (**Reflexivo**).... Es verdad. – mejor quítalo. Puede prestarse a torcidas interpretaciones.

PIRULO. – ¿Qué más?

MANZANILLO. –... Fuimos a su despacho, ansiosos de conocer sus autorizados conceptos sobre la difícil situación que atraviesan el país y el departamento.

PIRULO. – O.K.

MANZANILLO. –... Nos recibió... con su habitual cortesía... Y volvimos a oír esa voz vibrante, justiciera, amiga del pueblo, que sacudía las bóvedas de la asamblea cuando se presentó aquel debate... ¿Qué debate ponemos?... Así, que convenga...

PIRULO. – Tú dirás.

MANZANILLO. –... Aquel memorable debate en defensa de las cuatro libertades y la Carta del Atlántico.

PIRULO. – ¿Qué más?

MANZANILLO. – Ahora sí, van las preguntas y respuestas.

PIRULO. – ¿Las releemos?

MANZANILLO. – No es necesario. Eso me quedó muy bien meditado... Pónle tú ahora los tacones... Pero llévalo pronto... Para que salga mañana sin falta, les das a entender en «La Lucha» que el mes entrante habrá anuncios nuevos.

PIRULO. – ¿Nada más se te ofrece?

MANZANILLO. – Que te des prisa y vuelvas pronto, porque hay mucho trabajo... La campaña electoral está todavía cruda.

(**Golpear**).

PIRULO. – ¿Abrimos?

MANZANILLO. – Si es lagarto, que ahora no puedo recibir a nadie.

(**PIRULO abre la puerta de la derecha, y aparece CRISTICO en uniforme de portero, con botones dorados y cachucha, muy posesionado de su cargo y responsabilidad**).

MANZANILLO. – ¿Qué pasa, Cristico?

CRISTICO. – (*En posición firme*). Uuuuna seeee... ñorita...

MANZANILLO. – ¿Qué desea?

CRISTICO. – Aaauuuu... dieeeenciaaa.

PIRULO. – (*Observando*). Y no está del todo mal.

MANZANILLO. – (*A PIRULO*). Vete, pues, con tu comisión... (*A CRISTICO, de mala gana*). Que pase, pues la tal señorita... No dejan hacer nada... (*Va a su escritorio y se sienta con humos de autoridad*).

CRISTICO. – (*Abriendo la puerta, olímpicamente*). ¡Qué pase!

(*Entra MARGOT, dama pobretona que se esfuerza para vestirse bien... Salen PIRULO CRISTICO por la misma puerta*).

MANZANILLO. – A sus órdenes.

MARGOT. – ¿El doctor Manzanillo?

MANZANILLO. – (*Elevado*). ¿En qué puedo servirle?

MARGOT. – Le traía esta recomendacioncita...

MANZANILLO. – ¿Ajá?... (*La toma con indiferencia*).

MARGOT. – Es de... del director de «La Lucha».

MANZANILLO. – (*Súbitamente amable*). Vamos a ver... (*Lee*).

MARGOT. – ¡Llevo dos años sin empleo, doctor! ¡Dos años! ¡Figúrese!

MANZANILLO. – (*Más interesado en la muchacha que en la recomendación*). ¿Soltera?

MARGOT. – No, doctor... Casada, por desgracia... Ahí dice... Casada desde hace un año y medio... ¡Y con tres niños!

MANZANILLO. – (*Intrigado*). ¿En segundas nupcias?...

MARGOT. – No, doctor. En primeras... ¡Primeras y últimas!

MANZANILLO. – ¿Y los tres niños?

MARGOT. – La mayorcita, que es sietemesina... y unos mellizos ... (*Saca de la cartera una fotografía*). Mire, doctor. – aquí están los tres... ¡Pobrecitos!... Con un papá que no les sirve para nada... No hace sino tomar... A mí me toca toda la carga.

MANZANILLO. – Están primorosos...

MARGOT. – ¡Hágalo por ellos, doctor!... (*Llorando*).... ¡Por lo que más quiera!... ¡Por su madre!... Ayer a estas horas no se habían desayunado los pobrecitos... Y el papá como si nada... ¡Esto es horrible, doctor! ¡Horrible!

MANZANILLO. – (*Acariciándole la cabeza*). Tranquilícese señora... Cálmese... Se hará lo que se pueda... En este momento, como ya lo ha podido leer usted en la puerta, no hay empleos vacantes... (*Malicioso*).... Pero la tendré en cuenta... ¿Me da su nombre?

MARGOT. – (*Llorando aún*). En la carta está, doctor.

MANZANILLO. – (*Muy intencionado, muy suave*). ¿Y su dirección?

MARGOT. – (*Mirándolo muy insinuante*). ¡Mi casa es tan humilde, doctor!

MANZANILLO. – Eso no tiene importancia...

MARGOT. – (*Sacando partido de la situación*). Pero doctor: yo sé que hay un cargo vacante... También se lo dicen en la carta.

MANZANILLO. – (*Sorprendido*). ¿Una vacante?... Vamos a ver... (*Lee con sumo interés*)... No tenía yo la menor noticia... Pero, en fin: si es así...

MARGOT. – (*Estrechándole las manos*). ¡Gracias, doctor; gracias!... Ya me habían dicho que usted tenía un gran corazón... Dios lo ha de premiar.

(*Entra LOLITA*).

LOLITA. – (*Muy preocupada*). Ya está, doctor... Aquí le traigo el libro, para que firme los dos nombramientos.

MANZANILLO. – (*Firmando*). Muy bien.

LOLITA. – Pobrecito el señor Rodríguez: le dio un sincope.

MANZANILLO. – Que le avisen al médico. Para eso están las prestaciones sociales.

LOLITA. – ¡Ay, Dios mío!

MANZANILLO. – Averigüe, Lolita, si es cierto que hay una vacante de mecanógrafa en la contabilidad.

LOLITA. – ¡Ay, doctor!... Precisamente venía a decirle... ¿No me ve temblando?... Rosita, la que trabajaba ahí, supo que el novio se había casado con otra, y se suicidó anoche.

MANZANILLO. – Con razón que lo supiera la prensa antes que nosotros... (*Resignado*).... Está bien... Oiga, Lolita: acompañe a la señora a la sección de gobierno, y que le extiendan ese nombramiento.

MARGOT. – ¡Doctor!... ¡Un millón de gracias!... ¡Que Dios lo recompense!

LOLITA. – (*Mirando con terror a la recién llegada*). Por aquí, señora...

MARGOT. – (*En la puerta de la derecha*).... Y siempre a sus órdenes...

(*Salen MARGOT y LOLITA*).

MANZANILLO. – (*Solo, al teléfono automático*). ¿Contabilidad?... Dígame, don Terencio. – ¿cómo está la partida de imprevistos?... ¿Agotada?... ¡Diantre!... ¿Y la de construcciones escolares?... Redacte entonces un decreto para trasladar de ahí mil pesos a la partida de viáticos. Tengo que despachar unas comisiones urgentísimas... Pues que esperen un poco los

maestros... All right, don Terencio... (*Cuelga y vuelve a llamar*).... ¿Secretaría de gobierno? Oye, Pancho. – allá te mandé una lista de los alcaldes que hay que destituir en esta semana... Sí, hombre. Nos están haciendo mal cuarto para las elecciones. Buena es la imparcialidad, pero... No, no, no no. O.K. (*Nueva llamada*).... ¿Higiene y previsión social?... Ola primor... ¿sabes tú si ya salió la comisión sanitaria que ordené para oriente?... Llámame al jefe... Oye, Chato. – que se vaya el Catire con la comisión sanitaria... El cargo es lo de menos. – le inventas cualquier cosa. Ese tiene mucha labia nos saca con bien. Mandas un comentario a la prensa diciendo que vamos a sanear esa región... No te afanes. Como las elecciones son del domingo en ocho, si la quinina alcanza para quince días, admirable... O.K. (*Cuelga y llama otra vez*). ¿Obras Públicas?... Doctor Pinillos. – hay que mandar a la región del sur una cuadrilla con cincuenta peones de confianza. Que lleven carretillas, taladros, picas, de todo lo que haya en depósito... Sí, dar la sensación de que continuamos la carretera... Que vaya como capataz el negro Ovidio, para que se eche unos dos o tres discursos... Ya está previsto lo de viáticos... Dígame: ¿ya despacharon el material para las torres de Chirítí?... No, hombre: eso hay que hacerlo cuanto antes... Pues quítenle cemento a cualquier otra obra... Que disminuyan el porcentaje de las mezclas, y así habrá para todos... (*Exaltándose*). ¡Qué va, doctor! Lo que interesa ahora no son los cálculos de resistencia, sino la resistencia que podamos encontrar en ciertos sectores de la opinión pública... O.K. (*Vuelve a colgar y a llamar*).... ¿Secretaría de educación?... (*Irónico*). ¡Hola, mi querido Decroly... ¿Qué hubo de las tres chatas que te mandé por allá? Pues hijo: yo no entiendo mucho de pedagogía, ni menos de tu tal escalafón. Apenas sé algo de estética... Y si no vamos escalafonando de cualquier modo todos esos compromisos, nos lleva el demonio... Qué, qué qué?... Sí, te quité una plática; pero te la devuelvo después de las elecciones... Por ahora, préstamela. Por algo eres colega de Pestalozzi...

(*Suena la campana del otro teléfono y él acude, después de colgar el automático*).

¿A ver?... (*Con suficiencia*). ¿Quién lo necesita?... (*Explosivo, poniendo los pies sobre el escritorio*). ¡Hola, misiá Tomasita! ¡Qué sorpresónonononón!... ¿Desde cuánto por esta ciudad?... ¿Todo bien por allá en Chirítí?... ¡Ah! ¿Sí?... ¿Vinieron con usted?... ¡Pero qué buena recomendada!... Aquí los espero, entonces... ¡Fantástico!

(*Mientras él cuelga la bocina, entra TIBERIO por la derecha, forcejeando para librarse de CRISTICO, que se empeña en detenerlo*).

TIBERIO. – ¡No faltaba más, sino que tuviera yo que hacerle antesala hijo de mi compadre Dimas!

CRISTICO. – ¡Haaay que haaa... cerse aaaanuncia!

MANZANILLO. – ¡Déjalo en paz, hombre!

TIBERIO. – Como si esto fuera una hacienda, pa que pongan gozques en la puerta a ladrarle a tuel que pasa!

MANZANILLO. – ¡Nada menos que la hacienda pública! ¿Le parece a usted poco?... (**A CRISTICO**). Pero hombre. – ¿cuándo aprenderás a distinguir entre un lagarto y un chimpancé?

CRISTICO. – (**A TIBERIO**). Eeeexcuse.

MANZANILLO. – ¡A tu puesto!

(*Sale CRISTICO haciendo venias*).

TIBERIO. – ¡Miren lo trae busté de Chirítí... habiendo por allá tanta gente de provecho!

MANZANILLO. – Empeños de misiá Tomasa... Y lo peor es que no sirve para nada... No sé qué hacer con él.

TIBERIO. – ¡Cómo se ve que busté desconoce eso que llama la técnica!... Pues nada más fácil: si no le sirve aquí, consígale un puesto en el exterior.

MANZANILLO. – Creo que al cabo tendrá que volver a su especialidad: a cargar agua.

TIBERIO. – (*Se sienta, y al levantarse los pantalones deja ver las medias rojas y los calzoncillos de amarrar*).... Bueno: ¡al grano! ¿Qué hubo de mi recomendación?

MANZANILLO. – ¿Creyó que la había olvidado? ¡Qué desconfianza!... (*Le golpea el hombro*).... Acabo de firmar el nombramiento para ese muchacho.

TIBERIO. – (*Extrañado*). ¿Cómo, que para ese muchacho?

MANZANILLO. – ¿Esta vez no era un muchacho?

TIBERIO. – ¡Pero si son dos!

MANZANILLO. – (*Asustado*). ¿Dos?

TIBERIO. – ¡Pero si se lo dije muy claro, mi doctorcito: que eran los mellizos de mi comadre Sinforosa viuda de Quijada!

MANZANILLO. – ¡Usted también me sale ahora con mellizos!

TIBERIO. – ¡Pero busté como que vive en las nubes!... ¡Cómo vamos a colocar al uno y a desairar al otro! ¡Por algo los mandó Dios juntos al mundo!

MANZANILLO. – Pero don Tiberio: ¿usted cree que soy el amo del presupuesto?... Eso tiene sus limitaciones, sus partidas... ¡Y un torbellino de solicitudes, no sólo las suyas!... Quisiera verlo a usted aquí por cinco minutos.

TIBERIO. – ¡No se haga el mártir! ¡Si tampoco es tanto lo que le he pedido y lo que me ha dado! Por ahí puestecitos infelices, pa que vean siquiera los del pueblo que busté se ocupa de ellos... A propósito: ¿cómo va la Lolita?

MANZANILLO. – ¿Ya ve? ¿Ya ve?... Para que se convenza, que no hay como los de Chirítí... No sólo le sirven aquí, sino que la tienen allá bien guardaos sus dos mil votos... Pero volviendo a los mellizos de mi comadre Sinforosa, yo le diría esta vez con perdón suyo: vamos mano a mano, a mil votos por cabeza... pa del domingo en ocho

MANZANILLO. –... ¿Qué faremos para complacer a don Tiberio... a este gran don Tiberio?... Le prometo que en la próxima vacante...

TIBERIO. – A lo mejor me lo escupen a busté de aquí y me quedo ensayao... No, mi doctorcito. Ganemos tiempo... Los mellizos nacieron juntos, se criaron juntos, y busté me los coloca juntos... Y ya sabe por lo demás que aquello es suyo.

(*Entra LOLITA*).

LOLITA. – Estos telegramas, doctor.

MANZANILLO. – Gracias.

TIBERIO. – (Con carcajadas llenas de satisfacción). ¡Mírenla!

LOLITA. – (Tímida y respetuosa). Buenos días, don Tiberio.

TIBERIO. – ¡Cómo engorda en esta pesebrera!... ¿Contenta?

LOLITA. – Sí, don Tiberio.

TIBERIO. – ¿Y juiciosa?

LOLITA. – También, don Tiberio.

TIBERIO. – ¡Cuidado como me haces quedar mal!

LOLITA. – (A MANZANILLO). Ya están redactando el nombramiento, doctor... Ahora le traen el libro para que firme.

TIBERIO. – ¿Cómo, para que firme? ¿Y luego no estaba ya firmado?

MANZANILLO. – No, don Tiberio... Eso es otra cosa.

TIBERIO. – ¡Ajá!... ¡Con que no tenía nada!... ¡Miren cómo es de embustero!

MANZANILLO. – Es un puestecito de mecanógrafo...

TIBERIO. – ¡Preciso...! El muchacho, si busté se lo propone, le hace por igual sueldo todas las cosas que le pide a las mecanógrafas... y hasta más si quiere.

MANZANILLO. – Don Tiberio. – si es un compromiso de que no puedo evadirme... Y se trata de una pobre señora viuda que...

TIBERIO. – No me venga con esos cuentos. Busté no se ahoga en un vaso de agua... No, mi doctorcito: ¿cómo va a dejar descontentos a los del pueblo en víspera de elecciones?

MANZANILLO. – (Después de honda reflexión filosófica).... ¡Qué remedio, pues!... Lolita. – diga entonces que no extiendan ese nombramiento.

LOLITA. – Ya debe estar extendido.

MANZANILLO. – Entonces... díganle a esa señora que, para posesionarse, necesita autorización del marido... Cuando él venga, que le pidan cédula de ciudadanía, partida de matrimonio, fe de bautismo, libreta militar y certificado de paz y salvo con el tesoro público... Si eso no ata, que añada el certificado de salud.

LOLITA. – ¡Ay, pobrecita! ¡Tan ilusionada que la dejé!

TIBERIO. – ¿Qué es eso?... ¿También guerreando contra los intereses de la región?... ¡Habrá gente desagradecida!

LOLITA. – (Para sí, saliendo). ¡Ay, pobrecita!

(Sale LOLITA por la derecha).

TIBERIO. –... Y otro asunto que le quería tratar, mi doctor...

MANZANILLO. – ¿Todavía?...

(Entra por la derecha TOMASA, de brazo con CRISTICO, que ríe feliz, y ESTRELLA del brazo con don LINO).

TIBERIO. – ¡Adentro los de corosca!... ¡Se vino todo Chirítí!

TOMASA. – ¡La influencia, don Tiberio! ¡La influencia! ¡Para eso lo treparamos los chiriteños!

MANZANILLO. – (A ESTRELLA). ¡Qué gustazo verlos por acá!

ESTRELLA. – ¡Y qué honor para nosotros!

TOMASA. – ¡No se quejará de todo lo que le traigo!

MANZANILLO. – ¿Y usted, don Lino bien?

LINO. – Por aquí a traerle estos papelitos para su firma.

TIBERIO. – Eso veo, compadre: que te quedaste con la maña de los contratos leoninos... Genio y figura...

LINO. – Eso es mejor que andar como tú, de ratón del presupuesto, pellizcando trocitos en la sombra.

TIBERIO. – Ah, sí... Como son millonadas... (A MANZANILLO, entregándole papeles).... Aquí tiene, doctor, el contrato del alumbrado público de Chirítí... el de la construcción de la cárcel... el de arriendo de locales para escuelas... el de drogas para la sanidad...

TOMASA. – Yo también traigo mi cuenta: lo de la recepción que le hicieron al doctor la última vez que fue... Ya ve: por tratarse de usted no cobré adelantado como de costumbre. Y me han vuelto eso una de papeleos y de demoras, que ya estoy hasta por perder el papel sellado y las estampillas que me hicieron comprar.

MANZANILLO. – ¡No faltaba más! ¡Yo le arreglo eso hoy mismo!

TOMASA. – Dios quiera... Y voy a pedirle otro favor.

MANZANILLO. – ¿Cuál será?

TOMASA. – Que a ver si me presta al bobo por unos días, que estoy sin servicio... Pero eso sí: con licencia remunerada.

MANZANILLO. – Lléveselo del todo si quiere... Corregido y aumentado.

TOMASA. – ¿Cómo?... ¿En qué lío se habrá metido el mosca muerta?

MANZANILLO. – Es el peor de todo... Tiene hasta prole.

TOMASA. – ¿Pero si no hace sino ocho meses que se vino?

MANZANILLO. – Toda una conquista... ¡Sucesor del adelantado Jiménez de Quesada!

TOMASA. – Y a lo mejor viviendo mal. ¡Pues te casas!

TIBERIO. – Yo me voy, porque me encuentro en minoría.

LINO. – ¿Siempre contando votos, compadre?

TIBERIO. – Pero auténticos.

TOMASA. – Yo me voy con usted, don Tiberio... Y antes me acompaña a cobrar; porque si me ven sola... (**Le toma el brazo**).

TIBERIO. – Hasta el fin del mundo.

ESTRELLA. – No harán mala pareja.

TOMASA. – Y usted también venga, doctor Manzanillo, a hacer fuerza.

TIBERIO. – Lo que es por mí, hago toda la que quiera... A mi con las mujeres me pasa lo que con las mulas. – que las prefiero viejas, porque se les conocen sus resabios.

MANZANILLO. – Lolita: atienda a don Lino mientras regreso...

LOLITA. – (**Entrando por la derecha**). Con mucho gusto, doctor...

MANZANILLO. – (**A Lino**). Permítanme ustedes un momento...

(**Salen por la derecha Tomasa, Tiberio y Manzanillo**).

LOLITA. – ¿Trajo los recibos por triplicado?

LINO. – Todo en regla.

LOLITA. – ¿Ya le firmó el doctor Manzanillo?

LINO. – Creo que todavía no.

LOLITA. – Entonces se los llevo...

LINO. – ¿Será posible que paguen hoy, para no perder el viaje?...

LOLITA. – ¡Hay un recargo tan grande!... Pero vamos a ver... Con una recomendación del doctor Manzanillo, para que salten los turnos... Permítame un momento...

(**Sale Lolita por la derecha**).

LINO. – ¿Contenta?

ESTRELLA. – ¿De qué papá?

LINO. – ¿No era este el afán de venir conmigo?... ¿Verle la cara al paisanito y oírle dar órdenes?

ESTRELLA. – Mal pensado... Si supieras que los políticos no me interesan...

LINO. – Lo que se hereda no se hurta. Tu mamá me dio el sí cuando tumbamos al general Reyes.

ESTRELLA. – ¿Crees que en tal caso me conformaría con un Manzanillo?

LINO. – Si supieras que el mozo no me disgusta... Será todo lo Manzanillo que diga, pero... tengo buen ojo: ¡hay madera!... Va para estadista... Como se avispe, y haya quien lo respalde en firme, se hace senador vitalicio, pasa por todos los ministerios y se embolsica cuatro embajadas.

ESTRELLA. – Ni así me entusiasma.

LINO. – Sóplame un ojo.

ESTRELLA. – En serio, papá... Vivo tan contenta en mi pueblo, a tu lado, sin que dependamos de nadie, sin que nos insulten...

LINO. – Pero no naciste para pasar la vida detrás de un mostrador... Al fin el viejo ha de aburrirte.

ESTRELLA. – El que cargue conmigo carga también contigo... y tiene que hacerse chiriteño a la fuerza

(*Regresa MANZANILLO*).

MANZANILLO. – Están listos sus papeles, don Lino.

LINO. – Muchas gracias.

MANZANILLO. – Acabo de ordenar que lo despachen inmediatamente... No necesita ya sino firmar en la caja y recibir sus cheques... Puede pasar si quiere.

LINO. – Muy amable...

(*Sale LINO por la derecha*).

MANZANILLO. – ¿No se sienta, Estrellita?

ESTRELLA. – (*Mirando a Bolívar y Santander*). Estoy más divertida observando.

MANZANILLO. – Me parece de buen agüero verla hoy aquí.

ESTRELLA. – ¿Es cortesía, o simple superstición?

MANZANILLO. – Aunque usted no lo crea, desde que la vi en el pueblo la...

ESTRELLA. – ¿La segunda vez, o la primera?

MANZANILLO. – ¡La primera!

ESTRELLA. – ¡Ah, sí!... ¡Desde el primer minuto! ¡Se enamoró! ¡Qué cuento tan original!... ¡Se enamoró a través de un mostrador!... Eso a nadie se le ha ocurrido. (*Ríe*).

MANZANILLO. – Estrella, en serio, ¡usted ha traído a mi vida una emoción tan distinta de lo ordinario!

ESTRELLA. – ¿De la política electoral?

MANZANILLO. – ¿Cree usted, Estrella, que el mundo puede gobernarse con La Ciudad de Dios de San Agustín, o con la Utopía de Tomás Moore, o con la Crítica de la Razón Pura?...

ESTRELLA. – ¡Veo que está seleccionando la biblioteca!

MANZANILLO. – ¿No será usted un poco ilusa?

ESTRELLA. – No lo estoy censurando... No se disguste... Comprendo que, para prosperar aquí en política, no es posible vivir en las nubes... Pero... ¿quién le manda tener esos cuadros que hacen reflexionar?... (*Muestra a Bolívar y Santander*).... En otros tiempos había aquí personas que luchaban por una idea noble, con desinterés y perseverancia, sin miedo a la miseria ni a la muerte misma. ¿No es así?

MANZANILLO. – Estrella: usted me juzga mal... ¿Cree que no me gustaría vivir entre ideas nobles, y realizarlas?... Pero el medio no lo permite. Quien tal intente, se ahogará en sus propios entusiasmos. Usted misma le miraría como un fracasado. Mejor es por tanto, al principio, un poco de astucia... Esa es la técnica contemporánea: fingir, subir con precaución... Y después, cuando ya se tenga influencia y prestigio...

ESTRELLA. –... sentir el calor de esas posiciones y el peso de tanto compromiso y quedar envuelto en la más terrible de las redes.

MANZANILLO. – ¿De dónde saca usted ese pesimismo?... Es curioso: el ser más pesimista y a la vez el más exigente de todos... (*Con desenvoltura y elocuencia*). Pero no importa, Estrella: ¡Yo la quiero a usted!

ESTRELLA. – (*Riendo*). ¡Dígalo en tono menos grandilocuente que no estamos en la asamblea!

MANZANILLO. – (*Efusivo*). Y por lo mismo que la quiero, Estrella: por lo mismo que aspiro a ofrecerle algo digno de usted, tengo que imponerme esta lucha llena de ascos... para llevarla, Estrellita, a la altura que usted merece... Dígame: ¿por qué se empeña en ver la vida con mentalidad de viejo, de ermitaño?

ESTRELLA. – (*Cediendo en su ironía*). Algunos nos hemos visto obligados a sufrir desde niños las amarguras de los viejos... También por amor a mi madre, según él me lo ha confesado, papá siguió en otro tiempo el camino que usted lleva... Después, por amor a mí, por el afán de educarme bien hizo elecciones fraudulentas; se comprometió con altos personajes para conseguir consulados y legaciones... Por amor a mí también, para seguirme educando en el exterior cuando le dejaron cesante, firmó contratos leoninos...

MANZANILLO. – Entonces... es cierto.

ESTRELLA. – Sí. Los firmó. Y eran leoninos, como todo el mundo dice... Le atacaron sus propios copartidarios, llamándole ladrón y acusándolo ante el país... Pero él no robó, como le habrán asegurado a usted.

MANZANILLO. – ¡Ah, no!...

ESTRELLA. – ¡Los que robaron fueron otros... que le utilizaron como instrumento y hoy llevan apellidos inmaculados e ilustres!

MANZANILLO. – (*Algo preocupado*). No sabía yo...

ESTRELLA. – El tuvo que dejarse acusar, porque ese era su riesgo... a cambio de un mendrugo... (*Pausa*).... ¿No he de ver estas cosas con una malicia que usted todavía desconoce?... Por eso, al quedarnos en la ruina, sin dinero, sin nombre, nos fuimos a vivir al pueblo... Allá teníamos una casita solariega donde mamá, que había estrechado la mano de reyes y príncipes, murió de la pena... Al pobre viejo no le quedó en la vida sino una china que hablaba francés e inglés, leía muchos clásicos en distintas lenguas y llevaba un apellido que servía de blanco a toda clase de ofensas... Abrimos el almacén, con alas de cucaracha, como se dice... Yo tenía entonces dieciocho años...

MANZANILLO. – (*Muy conmovido*). Estrellita...

ESTRELLA. – No me hable de amor. Le tiembla al círculo vicioso... ¡Pensar que me tocará volver a Europa de embajadora, y de pronto... suás... el porrazo!... Prefiero mis ventas al detal, mis campesinos y unos pocos libros.

MANZANILLO. – Y en tanto que los años se vayan, con la juventud; y que el afecto, que es derecho sagrado...

ESTRELLA. – Mi gran afecto es mi padre... Y si otro cariño ha de venir, que no salga de estos ambientes... No quiero ver a mi novio vestido de ceremonia frente al retrato del Libertador.

MANZANILLO. – ¿Quiere usted que le demuestre...?

ESTRELLA. – No... No deseo asumir ninguna responsabilidad... Siga usted más bien por el camino que se ha trazado. Esa es quizá su estrella.

MANZANILLO. – (*Tomándose las manos, que ella le abandona*). Mi estrella... mi verdadera estrella... la que me domina y ha de guiarme...

(*Entra LOLITA y sorprende la escena amorosa*).

LOLITA. – Ya está todo, doctor.

MANZANILLO. – ¿Le entregaron sus cheques a don Lino?

LOLITA. – Sí, doctor.

ESTRELLA. – ¿Viene ya para acá?

LOLITA. – Salió a cobrar al banco, porque ya van a ser las cuatro. Le envió a decir que allá la esperaba.

ESTRELLA. – Ah, bien... Entonces, hasta luego... (*Va a la derecha*).... ¿Cuándo va por allá, doctor?

MANZANILLO. – Prontísimo. Probablemente el...

ESTRELLA. – Verdad, que del domingo en ocho días son elecciones para representantes al congreso... Entonces, hasta muy pronto... Adiós, Lolita.

LOLITA. – (*Seca*). Buen viaje.

(*Sale ESTRELLA por la derecha*).

LOLITA. – (*Muy seria*). ¿Se ofrece algo más?

MANZANILLO. – Sí... Cierra la puerta.

LOLITA. – (*Más seria*). ¿Va a dictar?

MANZANILLO. – (*Burlón*). Tal vez...

LOLITA. – (*Tomando la libreta y el lápiz*). Lista...

MANZANILLO. – (*Acercándosele*).... ¿Brava?

LOLITA. – No.

MANZANILLO. –... ¿Celosa?

LOLITA. – ¿Celos de qué?

MANZANILLO. – (*Acariciándola*). Hay que atender a los del pueblo. Tú comprendes.

LOLITA. – Comprendido...

MANZANILLO. – ¿A ver?... Muestra esa carita... ¿Lágrimas?... ¡Tonta!

LOLITA. – ¿Qué era lo que iba a dictar?

MANZANILLO. – Ahora nada... Sumercé no despacha hoy una sola carta en todo el día.

LOLITA. – (*Rompiendo a llorar*). Déjame...

MANZANILLO. – Amorcito... si no hay nada de lo que te imaginas... Venga acá mi consentida... Arrurrú mi niña...

(*Golpean*).

LOLITA. – (*Saltando como un resorte*). ¡Cuidado!

MANZANILLO. – (*Alarmado*). ¿No cerraste bien?

LOLITA. – Sí, pero...

MANZANILLO. – Dí que no recibo a nadie... Que estoy en junta.

(*Al abrir LOLITA la puerta entra PIRULO atropelladamente*).

PIRULO. – (*Alarmadísimo*). ¡Perdón!

MANZANILLO. – ¿Qué pasa?

PIRULO. – ¡Gravísimo! Mira el telegrama de Bogotá que encontré en «La Lucha» cuando fui a llevar el reportaje. – ¡nombran gobernador a Cristancho García!

MANZANILLO. – (*Rapándole el papel y leyendo ávidamente*). ¡No!

PIRULO. – Ayer andaba diciendo que, si lo nombraban, les aceptaba la renuncia a todos los secretarios, porque tenía demasiados compromisos.

MANZANILLO. – Lolita. – avise a todos los secretarios que hay junta de gobierno.

LOLITA. – Voy.

(*Sale LOLITA por la derecha*).

PIRULO. – Pero hay algo peor. Mira. – sin decirte nada, te van a quitar de la lista oficial para representantes al congreso.

MANZANILLO. – ¿También?... Se vino la tormenta, pues... Esas son intrigas del tuerto Miró... Lo sospechaba... Pero no nos demos por vencidos. ¿Cuándo se posesiona García?

PIRULO. – En la semana entrante.

MANZANILLO. – Vamos a aprovechar los días que quedan y nos lanzamos con lista propia... ¿Dónde está el directorio político?

PIRULO. – (*Trayendo un cuaderno voluminoso*). Aquí lo tienes.

MANZANILLO. – ¿Cómo está Agualarga?

PIRULO. – (*Buscando*). ¿A ver... Aquí está, mira... El que mangonea allá es Cosme Tibaquirá... Pone quinientos votos fijos.

MANZANILLO. – ¿A juzgar por el retrato, tendrá treinta años?...

PIRULO. – Es el que vino la semana pasada a pedirte un puesto, aunque fuera una alcaldía.

MANZANILLO. – Admirable. Por fortuna soy previsor y tengo siete de reserva... Ofrécele la de Rincosanto, que es la que queda más cerca.

PIRULO. – En San Roque hay un tal Tiburcio Gastón, con gran influencia... Pone hasta mil votos... Y hay una carta para contestarle.

MANZANILLO. – ¡Hombre! ¡Hay que contestársela cuanto antes! ¿Cómo has descuidado eso?

PIRULO. – No creí que nos barriera tan pronto.

MANZANILLO. – Pero, dime ante todo: ¿cómo sientes a Chirítí?

PIRULO. – Hay que desconfiar de don Tiberio. ¡Es tan zorro!

MANZANILLO. – Pero si hoy mismo se fue de aquí con dos nombramientos.

PIRULO. – ¡Cuidado! Es compadre de García.

MANZANILLO. – Entonces, ante todo hay que defender esa posición... Vete inmediatamente en visita especial de sanidad... Ya reservé fondos para viáticos... Redacta el derecho... Recorres todas las veredas y le haces ver a don Tiberio que es peligroso pelear con nosotros... No hay que dejarnos quitar eso por ningún motivo.

(**Entra MARGOT por la derecha, atropelladamente, a pesar de que CRISTICO la sujetó por el traje**).

CRISTICO. – Queee... queee...

MARGOT. – ¡Doctor!... ¡Le ruego que me oiga!

MANZANILLO. – Usted perdone, señora... Estoy muy ocupado. Ahora no puedo atenderla.

MARGOT. – Doctor: me están poniendo trabas... Aquí no respetan sus órdenes... Usted está envuelto en una rosca que a lo mejor desconoce.

MANZANILLO. – Señora: ya le he dicho que...

MARGOT. – Doctor: ¡Piense! ¡Que tengo que pedirle permiso a mi marido para posesionarme!... ¿Dónde voy a encontrar ahora a ese sinvergüenza? ¡No lleva nada a la casa! ¿Y tengo que pedirle permiso para ganar con qué comer?... ¿Y con qué voy a sacar partida de matrimonio?

MANZANILLO. – Señora. – veremos cómo se arregla eso. Pero mañana... En este momento, ya le he dicho...

MARGOT. – ¿Mañana?... Mañana me tienen ahí esperando todo el día, con la disculpa de que usted está en junta... (**Resuelta**). Oiga, doctor: ya estoy cansada de tanto rogar. Si usted no cumple su palabra... y yo creo que usted es hombre de palabra... ¡me mató!... ¡Aquí mismo!... ¡Con lo primero que encuentre! (**Echa mano a un teléfono**).... ¡Delante de usted!

MANZANILLO. – (**Tomándola de un brazo y conduciéndola a la izquierda**). Mire, señora: pase a esa habitación, y... mátese!... ¡Cómase si quiere todas las papeletas de la lista oficial que hay sobre esa mesa!... Pero déjeme trabajar ahora... (**Cierra la puerta de la izquierda y se dirige luego a CRISTICO, que tambalea del susto**). Y tú, imbécil, a suicidarte también...

CRISTICO. – (**Resbala aterrado, cae y sale luego a toda prisa por la derecha**).

PIRULO. – ¿Qué más?

MANZANILLO. – Dame acá el directorio me oriento.

PIRULO. – Mira: en Lagunaverde...

(**Se oye un golpe como de disparo, a la izquierda**).

MANZANILLO. – ¡Se mató esa estúpida!

PIRULO. – No es nada... Una patada a la puerta... Perro que ladra no muerde.

MANZANILLO. – (**Furioso**). ¡Maldita sea! ¡Esos lagartos no lo dejan a uno trabajar!

TELON

TERCER ACTO

La misma decoración del primer acto.

TOMASA. – ¿Y cómo va el teatro, su Reverencia?

CURA. – Regular; nada más que regular.

TOMASA. – ¿En este año van también a representar la pasión?

CURA. – No me disgustaría... Todo eso contribuye a exaltar los sentimientos cristianos... Pero... ¡Ave María Purísima!

TOMASA. – No venga con el cuento de que le sigue faltando personal... ¡Después de todo el que le mandé!

CURA. – Precisamente: ahí está el tropiezo... Antes nos costaba trabajo encontrar Vírgen... Ahora eso se ha vuelto una de rivalidades... Todas quieren ser vírgenes... Y si complazco a la una, se disgusta la otra... Y se ha encendido una chismografía...

TOMASA. – La culpa la tiene Su Reverencia. ¡Quién le manda hacerse querer tanto!

CURA. – Pero haremos lo que se pueda.

TOMASA. – ¡Ay, sí! Porque esto se está poniendo muy agrio... No piensan sino en política... Y con la división de los liberales, que están como perros y gatos...

CURA. – No está mala la comparación.

TOMASA. – ¡Eh, pero dejémoslos!... Y echémosle más bien leña a la hoguera... hasta que los sorprendamos bien divididos, como ellos a nosotros... Ay, ahora que me acuerdo: tengo que arreglar dos habitaciones más.

CURA. – ¿Otros huéspedes?

TOMASA. – Nada menos que el doctor Manzanillo... Anda en campaña política con don Pirulo, el que estuvo aquí de personero.

CURA. – Ajá... Me voy entonces, para no quitarle el tiempo.

(*Entra MODESTO por la izquierda*).

MODESTO. – Señor doctor: ¿Se va usted ya?... ¿Porque yo llego?... Bueno: yo sé que usted es incapaz de hacerle a nadie un desaire.

CURA. – Y menos a la primera autoridad del lugar, y a una persona como usted...

MODESTO. – Gracias, gracias...

CURA. – ¿Todo bien, don Modesto? ¿Sin novedad?

MODESTO. – Ahí vamos, ¿no?... Ahí vamos... ¿Y por allá?... ¿En sus dominios eclesiásticos?... ¡Que son dominios!... ¡Ah, la influencia espiritual, ¿no?

CURA. – Antes de que se me olvide y a propósito: un favorcito, don Modesto.

MODESTO. – ¿A ver? ¿A ver?... ¿Cuál será?... Si de mí depende... Usted bien sabe que todo lo que de mí dependa...

CURA. – A ver si manda aunque sea un policía para que asee un poco el atrio de la iglesia... ¿Sí ha visto cómo lo volvieron esos animales de don Lino que andan sueltos?

TOMASA. – ¡Ay, sí! ¡Hasta un irrespeto!

MODESTO. – Pero están todos en el coso... Ahora... ¿cómo haríamos para complacer a Su Reverencia?... ¿Porque es verdad!... ¡El aseo público!... La cosa es que, como estamos en víspera de elecciones, la policía anda tan ocupada... ¡Hay necesidad de tanta vigilancia!... Pero yo le arreglo eso, descuide. Yo le arreglo eso.

CURA. – (*Saliendo por la izquierda*). Usted, don Modesto, es de los que merecen la célebre frase: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

MODESTO. – Bondad suya... Nada más... Nada más.

(Sale el CURA).

MODESTO. – Dígame, misiá Tomasita...

TOMASA. – Ya sé a lo que viene... Las piezas que encargó están listas... Pero ya sabe, don Modesto: aquí a la orden del gobierno siempre que... (**Mueve los dedos sobre la palma**).... platica en mano y corazón deshecho.

MODESTO. – Aquí tiene, aquí tiene... ¡Tan interesada que la verán!

TOMASA. – (Contando). Diez... doce... catorce... ¡Aquí falta!

MODESTO. – ¿No fue por catorce que firmó?... ¡Qué memoria, misiá Tomasita!

TOMASA. – Fue por veinte... Pero no peleamos... ¡Ahí será su comisión, entonces!

MODESTO. – Me atiende muy bien a esa gente. Mire que me lo encareció el nuevo gobernador.

TOMASA. – Descuide, descuide... Usted ya me conoce.

MODESTO. – Dígame. – ¿y es cierto que llega también hoy una comisión de los disidentes?

TOMASA. – ¿De los qué?

MODESTO. – Quiero decir, ¿no?... de los del doctor Manzanillo.

TOMASA. – (Sorprendida y contenta). ¿Lo nombraron disidente?

MODESTO. – Se nombró él, misiá Tomasita. Se nombró él. Eso es de motu propio.

TOMASA. – ¡Mire qué habilidad!... Dígame: ¿y eso es mejor que la gobernación?

MODESTO. – (Escéptico). Depende... ¡Y usted se desvive por el doctor Manzanillo?

TOMASA. – Todo será. Pero como hombre simpático... y atento...

MODESTO. – Sin embargo, no está por demás advertirle cuando llegue que, con todo y lo manzanillo que sea, le quedan prohibidos los discursos en vísperas de elecciones.

TOMASA. – ¡Ahí sí que protesto! ¡Miren a los rojos estos, tapándose la jeta unos a otros!... ¡No señor! Esa costumbre de hablar aquí la dejó Hipólito, que en paz descance, y yo no la interrumpo... En ese balcón habla todo el que quiera. ¡Hasta los comunistas!

MODESTO. – (Sentándose, descoyuntado). ¡Ay, misiá Tomasita! ¡Si supiera qué poco me interesan los comunistas, y los disidentes, y todos esos alborotos! Mi pensamiento está en otra parte.

TOMASA. – ¿Sigue enamorado?

MODESTO. – Hace días que no como, que no duermo... Y luego, esta timidez, ¿no?... Aquello de que uno como que se decide y como que no se decide... ¡Ay, misiá Tomasita!

TOMASA. – Pues a mí me gusta ser paño de lágrimas; pero ya usted comienza a abusar... Eche todo afuera, don Modesto, como se hace con el dolor de muelas, y así va a saber pronto a qué atenerse.

MODESTO. – Eso me digo yo mismo no?... Y busco la ocasión... Pero en cuanto llega... no sé.

TOMASA. – ¡Todo un señor Alcalde!

(*Entra ESTRELLA por la izquierda*).

ESTRELLA. – ¡Qué bien acompañada está misiá Tomasa!

MODESTO. – (*Entre cortés y afanado*). Señorita... Señorita Estrella...

ESTRELLA. – Anda usted perdido... Ayer no se dejó ver por el almacén en todo el día.

MODESTO. – Las ocupaciones, ¿no?... ¡Tanto trabajo en la alcaldía!... Mucho reclamo... Y problemas de tesorería, ¿no, misiá Tomasa?... Y luego, estas agitaciones electorales...

ESTRELLA. – Eso veo. – que es usted un titán para el trabajo... Y por el trabajo olvida a los amigos.

TOMASA. – Llega usted, niña, como llovida del cielo... Cuéntele, don Modesto, cuéntele... Salga del susto... Que no digan después que los alcaldes de Chiríti no se saben poner los calzones en su puesto.

(*Sale TOMASA por el fondo*).

ESTRELLA. – ¿Qué pasa, don Modesto?... ¿Por qué está tan angustiado? ¿Me tiene alguna mala noticia?

MODESTO. – Sí, señorita Estrella... No, señorita Estrella...

ESTRELLA. – ¿Al fin sí, o no?

MODESTO. – No, señorita...

ESTRELLA. – ¿Nos tiene que imponer alguna multa?

MODESTO. – No, señorita Estrella... Los animales que metieron al coso por andar sueltos en la plaza, ya ordené que se los entregaran.

ESTRELLA. – ¡Usted siempre tan gentil! ¡No sé cómo pagarle tantas atenciones!

MODESTO. – No se preocupe por eso, señorita Estrella... Quiero decirle una cosa... Que yo, como usted ha visto, vivo aquí consagrado a mi deber, ¿no?... procurando servirle a todo el mundo... De suerte que...

ESTRELLA. – Me consta.

MODESTO. – De suerte que... habrá visto que con ustedes siempre he sido especial; que no he omitido esfuerzo para atenderlos.

ESTRELLA. – No tenemos la menor queja... Pero por Dios: está usted demacrado, como si acabara de recibir sentencia de muerte... ¿Qué pasa? ¡Eche eso afuera pronto!

MODESTO. – ¡Tengo tanto miedo, señorita Estrella!... Y resulta que en mi deseo de acercarme a ustedes....

ESTRELLA. – Ya sé. Ni me hable. ¡Qué boba soy! ¡Lo destituyeron esta crisis! (**Lo abraza**).... No se afane por tan poca cosa, don Modesto... ¡Ni que fuera un ministro!... Ya verá cómo le hacemos un huequito en las empresas, de cualquier modo... y hasta con mejor sueldo.

MODESTO. – ¡Señorita Estrella!...

ESTRELLA. – ¿Se le aguan los ojos por tan poca cosa? (**Le tira la oreja suavemente**). ¡No sea boba! Lo hacemos con mucho gusto.

MODESTO. – (**Besándole las manos**). ¡Usted es un ángel!

ESTRELLA. – (**Riendo muy divertida**). Pero no el señor Obispo.

MODESTO. – Señorita Estrella: yo quiero hablar... con su papá...

ESTRELLA. – No hay necesidad. Yo arreglo eso hoy mismo... El no me dice a nada que no.

MODESTO. – Pero yo quiero... directamente...

ESTRELLA. – Entonces, ¡nada más fácil! Aquí está en el corredor, con unos clientes... ¡Papá!... ¡Papá!

(**Entra don LINO**).

LINO. – ¿Qué te pasa?

ESTRELLA. – Que don Modesto quiere hablar contigo.

LINO. – Enteramente a la orden.

ESTRELLA. – Te ruego por adelantado que no le digas que no. Quiero que lo dejes satisfecho.

LINO. – (**Algo desconcertado**). Pues vamos a ver.

ESTRELLA. – En las mejores condiciones posibles ¿sabes?... ¡A ver si se queda con nosotros por el resto de sus días!

LINO. – (**Sorprendido**). ¡Ah?...!

ESTRELLA. – (**Le hace señas por detrás de Modesto, para que acepte, y sale por el fondo**).

MODESTO. – Pues yo, don Lino... Yo...

LINO. – A ver... A ver...

MODESTO. – ¿De qué se trata?

MODESTO. – Don Linito... (**Haciendo un esfuerzo supremo**).... Yo estoy enamorado de la señorita Estrella.

LINO. – (**Con un silbido de sorpresa**). ¿Y eso desde cuándo?...

MODESTO. – Desde que tuve el honor de conocerla... Y como ella ha sido siempre tan amable conmigo... como ella...

LINO. – ¿Conque esas tenemos?

MODESTO. – Y le pido su mano don Lino.

LINO. – ¿La mía?... (**Dándosela**). Con muchísimo gusto... Ya ve que soy su amigo.

MODESTO. – La de ella, don Linito. La de ella... Yo le prometo que la haré feliz... Cuando usted quiera yo seré su esposo... y su hijo...

LINO. – (**Retirando la mano con cierto fastidio**). Ajá...

MODESTO. – Lo contrario sería la ruina en mi vida.

LINO. – Con que la ruina, ¿no?... Pues hombre. – yo creía que el agua iba por otro lado al molino... Oiga, don Modesto: si el asunto dependiera de mí, yo le diría con toda franqueza, con absoluta franqueza, y sin que lo fuera a tomar a mal... que no.

MODESTO. – ¿Por qué, don Lino?... ¿No me cree usted digno?

LINO. – Usted es una magnífica persona; pero... se lo digo como amigo, y hasta por su bien: piénselo mucho. Creo que le queda grande esa camisa... En fin: el que ha de decidir ese asunto no soy yo, porque nadie manda en corazón ajeno... Si la chica se empeña, ¡qué remedio!... Yo estoy al margen de toda oposición... Vamos a hablar con ella y a poner de una vez los puntos sobre las íes...

MODESTO. – No, don Lino... ¡No!... Ahora no... Mas bien dígaselo usted y me manda la razón con misiá Tomasa.

LINO. – Si así empiezan las cosas, no arriesgo las ganancias... Voy, pues, a ver que hay en este enredo... (**Se dirige al fondo**).... Y en todo caso, siempre el mismo, don Modesto... Lo que es mi mano, ya sabe... Como siempre...

(**Sale Lino por el fondo**).

MODESTO. – (**Solo se pasea muy nervioso**). Madrecita mía: no me abandones... ¡Vírgen Santísima!... (**Se arrodilla, con las manos puestas ante el retrato de don Hipólito, y se levanta alarmado al darse cuenta de la equivocación**).

(**Oyese al mismo tiempo una carcajada de ESTRELLA y TOMASA aparece por el fondo**).

MODESTO. – (**En el colmo de la angustia**). ¿Le dijeron?

TOMASA. – (**Muy circunspecta**).... Mmm... Por ahí no es, alcalde. Por ahí no es... Déjese de eso...

MODESTO. – ¿Me desprecian, misiá Tomasa?

TOMASA. – No se aflija por tan poca cosa. Ya vendrá la que Dios le tenga destinada.

MODESTO. – Misiá Tomasita. – ¿usted cree que no hay ninguna esperanza?

TOMASA. – Hasta donde sospecho, no.

MODESTO. – ¿Tiene algún novio?

TOMASA. – Tanto como tenerlo... no sabría decir.. Pero creo que hay alguien a quien no mira con malos ojos.

MODESTO. – ¿Quién?... ¿Quién, misiá Tomasita?

TOMASA. – (**Vacilante**). Lo malo es que... si le digo... esto va a ahondarles la división del partido liberal.

MODESTO. – ¿El desgraciado ese de Pirulo?

TOMASA. – Tibio... Tibio... Suba un peldaño.

MODESTO. – (**Aterrado**). ¿Manzanillo?

TOMASA. – El mismo que viste y calza.

MODESTO. – Pero, ¡cómo se va a casar la señorita Estrella con ese oportunista, con ese hombre inescrupuloso... ¿Sabe usted por qué lo sacaron de la gobernación?... ¿Qué porvenir le esperaría a esa pobre mujer?

TOMASA. – Pues eso dígaselo a ella, que yo no soy la del peligro.

MODESTO. – De manera que... tantas atenciones... y don Modesto por aquí y don Modesto por allá... ¡Y era sólo para explotarme!... ¡Buscando influencia!... ¡Godos hipócritas!... Las venias no eran más que para evitar multas y explotar tranquilamente a todo el mundo... Pues se van a ir con sus negocios y hasta con sus amoríos a otra parte... Voy a demostrarle, misiá Tomasa, que sí me sé poner los calzones en su puesto. Y comienzo, echándole una multa por el mal servicio de alumbrado.

TOMASA. – ¡Ahí tiene! En eso sí estoy de acuerdo, don Modesto.

MODESTO. – Mírenlos. Mírenlos...

TOMASA. – ¡Y ellos, que le cobran a uno hasta por mirar!

MODESTO. – Y los animalitos, se van al coso otra vez, ahora mismo... ¿Sonrisitas a mí?

(**Entra PIRULO por la izquierda**).

PIRULO. – (**Abriendo los brazos**). ¡Misiá Tomasita!

TOMASA. – ¡Don Pirulito! ¡Don Pirulito!... ¡Qué gusto volverlo a ver! ¿Y el doctor Manzanillo?

PIRULO. – ¿No ha llegado todavía?

TOMASA. – Creía que venían juntos.

PIRULO. – Yo andaba por mis veredas.

TOMASA. – Ahí están sus piezas listas... ¿Y todavía no se saludan?... ¿No con la ausencia?

PIRULO. – (**Irónico**). Desde que renuncié la personería imposible atreverme. Siento gran respeto por la autoridad suprema de este lugar.

MODESTO. – Bromitas a mí no, ¿sabe?

PIRULO. – ¡Ah, sí!... Pues tírelas por el balcón, en vez de andar diciendo que se lo va a cerrar a la opinión pública.

MODESTO. – ¡Respete, que soy aquí el alcalde!

PIRULO. – ¿El alcalde?... Juá, juá, juá...

MODESTO. – (**Furioso**). A chancearse con sus iguales... (**Va a la izquierda**). No se imagine que ahora es aquí lo mismo que antes... (**Desde la puerta**). Oriloverá... Oriloverá...

(Sale MODESTO).

TOMASA. – ¡Póngase a torearlo ahora!

PIRULO. – Ese no embiste ni en fiestas.

TOMASA. – Mire que buen manso cuando lo acosan...

PIRULO. – (**Sacudiéndola con alegría por los hombros**). ¡Misiá Tomasita! ¡Misiá Tomasita!... ¡Qué gusto volver por aquí!

TOMASA. – Sí, so ingrato... Desde que se fue por allá, ni más.

PIRULO. – Pero con tanto trabajo...

TOMASA. – Discúlpese. Discúlpese.

PIRULO. – Tome, misiá Tomasita. Los disidentes vamos a pagarle por adelantado, como es costumbre... Nos estaremos dos días.

TOMASA. – Eso qué... Déme, pues, lo del doctor Manzanillo; que lo suyo... ya sabe... (**Le toma la barbilla**). como siempre... Esta es su casa.

PIRULO. – (**Abrazándola**). ¡Vieja linda!

TOMASA. – (**Esquiva de espaldas**). ¡Cuidado don Pirulito!

PIRULO. – ¡Las ganas que tenía de verte!

TOMASA. – ¡Cuidado!... ¡Cuidado! ¡Aquiétese!... Déjese de eso ahora... Y más aquí, delante de Hipólito... (**Alarmada**). ¡Cuidado, don Pirulito, que ahí vienen!

(Se separan... Entra TIBERIO por la izquierda).

TIBERIO. – ¡Ah! ¡Ya llegó el agitador!

PIRULO. – Como usted quiera llamarle, y aunque le disguste. Vamos a ver cuántos somos y cuántos quedamos.

TOMASA. – Ya empiezan... Fíjese don Tiberio, que el otro está tranquilo y recién llegado... Y es usted el que viene a buscar molestia.

TIBERIO. – ¿Molestia yo?... Juá, juá, juá...

TOMASA. – Sí, señor... Y para pelear tienen la calle. Respétenme el hotel.

TIBERIO. – A usted, por su edad, se le respeta todo lo que tiene... En vez de poner cara de espanto, traiga dos rones dobles.

(Sale TOMASA, muy asustadiza por la puerta del fondo).

TIBERIO. – Y usted, ¿muy contento por allá?

PIRULO. – Y usted, ¿muy contento por acá?

TIBERIO. – Pues por lo menos, en mi medio, ¿no?... Y en mi trabajo... No ando bebiendo con el pueblo pa conseguir votos, porque me los dan voluntariamente... Y tenga cuidado, don Pirulo que ya pasaron los tiempos de su personería... No me venga por acá a alborotar la gente, porque le puede costar caro.

PIRULO. – Sí. Ya sabía que usted era el gamonal. Y por eso mismo...

TIBERIO. – ¿Con que el gamonal?... Pues más que le pese... Si eso significa que yo soy el que mando acá, se lo voy a demostrar... (Ríe groseramente).... ¡Conque gamonal!... Eso es lo que busté quisiera ser... ¡Tragantina!... ¡Adulador!... ¡Aparecío!... ¡Muerto de hambre!...

PIRULO. – Pero no vivo, como usted, del trabajo ajeno.

TIBERIO. – ¡No, ni nada! ¡Como si ciertos puestecitos públicos no juera pa vivir del trabajo de los demás!

PIRULO. – Sí... Sobre todo ciertas escuelitas, donde usted escoge el personal...

TIBERIO. – ¡Insolente!

PIRULO. – ¡Latifundista!... ¡Ignorante!... ¡Sátiro!

TIBERIO. – ¿Cómo?... (Amenazándolo con el guayacán). Pos lo voy a poner a busté también en la escuela, pa que aprienda.

PIRULO. – (Llevándose la mano al bolsillo de atrás). Usted no me asusta a mí... Y si quiere nos entendemos de hombre a hombre.

TIBERIO. – (Agarrándole rápidamente la mano, antes de que saque pistola).... Pero si busté no es hombre... Si busté no sabe dar golpes sino por mano ajena, emborrachando al pueblo... Y deje queta esa mano, que si la güelve a llevar pu allá, se la tumbo con el palo como quien baja un racimo e plátanos.

PIRULO. – Atrévase, desgraciado... ¡Palurdo!... Con las manos nada más nos defendemos... (Se le cuadra).

(Entra TOMASA aterrada y se interpone).

TOMASA. – Aquí están los roncitos... y repito: si quieren pelear, se van a la plaza.

TIBERIO. – Gracias, misiá Tomasa... (Tomando su copa). Ahí será por busté, que viene a salvarme el pellejo... (Ríe con estrépito).... ¡Adelante, don Pirulo!... Sea gentil con las damas... Será el último que nos tomamos, porque, según parece, ni busté ni yo salimos vivos de este percance... (Se toma su ron).... O si quiere que yo mismo se lo sirva...

PIRULO. – ¡Insolente!

TOMASA. – (**Soltando la bandeja**). ¡Santo Dios bendito!... ¿No digo?... Respeten que aquí estoy yo... ¡Y respeten a Hipólito!

(**Entra por la izquierda CUNCIO vestido de policía**).

CUNCIO. – Téngase la fineza.

TOMASA. – ¡Señor agente!... ¡Ayúdeme aquí!... (**Abraza a Pirulo, protegiéndolo**).

CUNCIO. – ¡Orden!... ¡Orden!

PIRULO. – ¡Cómo! ¿Tú Cuncio? ¡De policía y yo buscándote por la vereda!... Pero caes como llovido del cielo... Mira: ese hombre me ha ultrajado... Aquí está de testigo misiá Tomasa.

CUNCIO. – Pos... de eso que no entiendo yo... Porque... como bien dicen... que cuando se trata de partido... Y que vengo es por orden del alcalde... que usted, don Pirulo, me sigue.

PIRULO. – (**Sorprendido**). ¿Qué te siga yo?

CUNCIO. – Como uno está aquí es al servicio del partido... Y la policía es pa guardar el orden... Y que como usted le jaltó al respeto al señor alcalde...

PIRULO. – ¡Vendido! ¡Traidor!

CUNCIO. – Pos eso de traidor y vendido, si usted quere que sea un ultraje, pos entonces es otro irrespeto a la autoridá... Porque por algo es uno autoridá... Eche pa lante, don Pirulo, si no quere que llame más gente.

TOMASA. – Esto es un atropello.

CUNCIO. – Eche pa lante...

TIBERIO. – Ya ve, don Pirulo... Hablando mal del gamonal, y se lo lleva no más que el alcalde, que es un alma de Dios... Váyase al cepo, que desde allá puede hacer su campaña electoral sin pagar hotel.

PIRULO. – ¡Pero nos entenderemos de hombre a hombre!

CUNCIO. – Téngase la fineza, don Pirulo; que es mejor por las güenas... Si sigue resabiao, llamo gente pa que le pongan el cabezal... (**Toca el pito**).

MANZANILLO. – ¿Qué pasa aquí?

TOMASA. – ¡Doctor! ¡Doctorcito!... ¡A ver si usted pone paz!

TIBERIO. – Ya lo ve, mi doctor: que en vez de venir su digno secretario a dividir el partido en paz, la lengua se le ha gúelto una ametralladora.

PIRULO. – Debemos telegrafiar a Bogotá diciendo que aquí no hay garantías.

MANZANILLO. – (**Por CUNCIO**). ¿Y a este señor qué se le ofrece?

CUNCIO. – Que le jaltó al respeto al alcalde, y él lo mandó aperollar.

MANZANILLO. – ¡Admirable!... ¡Lléveselo!...

PIRULO. – ¿Te has vuelto loco, César?

MANZANILLO. – ¡Vete, hombre! ¡Vete! ¡Sin la menor resistencia!

PIRULO. – ¡Pero César!

MANZANILLO. – ¡Al cepo con él!

CUNCIO. – ¿Ya ve?... ¡Cómo será la vaina, cuando hasta su jefe ta de acuerdo con la autoridá!... Eche pa lante...

(Sale CUNCIO conduciendo a PIRULO, por la izquierda; y tras ellos TOMASA, aterrada).

MANZANILLO. – Don Tiberio. – yo creo que estamos entre caballeros.

TIBERIO. – Eso será busté el que da la marca... el que pone el jierro... Por mi parte...

MANZANILLO. – Creo que aunque estemos por el momento distanciados en política...

TIBERIO. – ¡Ah, eso sí! Ni hablemos. Basta que se vaya busté contra mi compadre García, pa que no seamos ni colindantes ni copartícipes.

MANZANILLO. – Don Tiberio. – no tomemos las cosas por el lado trágico. ¿Tiene usted alguna queja de mí?

TIBERIO. – Si a busté le estoy muy agradecido, pa qué es decir lo contrario... Yo con busté, doctorcito, a donde quiera... hasta el fin del mundo... Basta que sea hijo de mi compadre Dimas... Pero francamente, anda muy mal rodeao.

MANZANILLO. – ¿Qué fue lo que pasó?

TIBERIO. – Que llegó buscándonos a todos el pleito.

MANZANILLO. – ¡Qué imprudencia! ¿No digo?... ¡No puede ya uno confiar ni en su secretario privado!

TIBERIO. – (**Muy bravo**). Y a mí no me insulta nadie, doctor Manzanillo! ¡Nadie!

MANZANILLO. – Pero ya paso el asunto... No tiene importancia... Desprecie eso, don Tiberio.

TIBERIO. – Claro, que yo lo desprecio.

MANZANILLO. – ¡No faltaba más! ¡Cómo va a usted a entenderse con él de igual a igual!

TIBERIO. – Pero... ya que dice que de igual a igual... pasando a lo suyo... y me perdonas... Le advierto con toda franqueza y muy a su tiempo. – si a lo que viene es a alborotarle las cosas a mi compadre García...

MANZANILLO. – ¿Usted está creyendo que soy enemigo de su compadre García?... ¿Del gobernador?... ¡Qué equivocado anda, don Tiberio!... Voy a probarle que entre García y yo no hay asperezas... Eso sí: me guarda el secreto... (**Le da un pliego**). ¿Conoce usted esta firma?

TIBERIO. – (*Observando al revés y al derecho*). ¿La del compadre? ¡Claro!

MANZANILLO. – Lea, lea...

TIBERIO. – (*Se quita el sombrero, suelta el guayacán, se acomoda. – comienza muy serio, después de encontrar el derecho del pliego, y al cabo sonríe*). ¡Qué doctor Manzanillo!.... ¡Hijo e su taita!... ¡Es un as!... ¡Pos aquí a sus órdenes!

MANZANILLO. – Ahora sólo falta que usted me ayude... Escuche: aun sin votos de Chiríti, sin un solo voto de Chiríti, estoy seguro de ir a la cámara... y me sobra un residuo considerable... Y tengo tres diputados propios, que con otro que van a prestarme, uno de los que maneja misiá Patrona en la capital del departamento, me aseguran casi una senaturía... Pero si entra todo Chiríti, podemos sacar ahora tres renglones, y el año entrante dos senadores... (*Pausa*).... Le hago una propuesta, don Tiberio.

TIBERIO. – ¿Cuál será?

MANZANILLO. – ¡Lancémonos usted y yo con lista propia!

TIBERIO. – ¡Quién sabe!...

MANZANILLO. – Usted va en el primer puesto, y yo en el segundo, si es que teme riesgo... Y le aseguro que misiá Petrona, al ver el éxito, se entusiasma y me da todos sus diputados... y vamos ambos al senado... ¡Pongamos ahora mismo un telegrama a Bogotá, firmado por los dos, diciendo que en Chiríti se hizo la unión liberal!

TIBERIO. – (*Después de reflexionar*). ¡Quién sabe!... Mire, doctorcito: a mí no me interesa ir por allá a esos alborotos.

MANZANILLO. – Pues nada más fácil: escoge usted sus suplentes afectivos, y les da órdenes.

TIBERIO. – Le repito que yo de busté no tengo queja, don Cesarito... Pero... ¡Siempre no!... Aunque mi compadre García no ande de punta con busté, siempre es güeno consultarle las cosas...

MANZANILLO. – ¡Mejor es que le demos la gran sorpresa!

TIBERIO. – (*Desconfiado*). No, mi doctorcito... No quiero que se ofenda el compadre... Más bien hagamos una cosa: en vista de eso que me muestra, y en mi deseo de que entre los dos no haya diferencias, yo lo dejo tranquilo... Busté hace su rastrojo y mueve sus cuadrillas, y yo las mías, y por lo pronto nos respetamos los mojones, como güenos colindantes... Hagamos un.... ¿cómo llamaba busté eso el otro día? ¿Cuándo se hacen las cosas a medias, que no hay compadrazgo, pero tampoco hay molestia?... ¿No es un tente tieso?

MANZANILLO. – (*Doctoral*). Un «statu quo».

TIBERIO. – ¡Eso! ¡Eso!... No hay como entenderse con gente culta. Pues estate aquí, o como se traduzca... Y no hay más que hablar... Pero al próximo ese me lo deja en el cepo dos días, pa que aprienda.

MANZANILLO. – No sea rencoroso.

TIBERIO. – Güeno. – sáquelo, pues... ¡Hijo e su taita! ¿No digo?... Estate aquí, pues, mi doctorcito, y otra vez será...

(Sale TIBERIO por la izquierda).

MANZANILLO. – (*Paseándose y frotándose las manos*). Esto va bien. Esto va bien.

ESTRELLA. – (*Entrando por el fondo, alarmada*). ¡César!

MANZANILLO. – (*Sorprendido*). ¡Estrella!

ESTRELLA. – Acabo de saber que usted llegó.

MANZANILLO. – Iba para allá en este momento.

ESTRELLA. – Preferí venir en vez de esperarlo... Escuche, César, quiero darle un consejo... O más bien hacerle una súplica: vágase del pueblo.

MANZANILLO. – ¿Que me vaya?... (*Se sienta y se echa hacia atrás*). ¡He quemado mis naves!

ESTRELLA. – Yo sé lo que le digo. No se exponga.

MANZANILLO. – ¿Cómo?... ¿No deseaba usted encontrar un hombre que arriesga algo, aunque fuera la vida?... ¡Cómo cambian las mujeres en su manera de pensar!

ESTRELLA. – ¡Si se tratara de un riesgo que valiera la pena!... Oiga el cuento: piense que hace poco el alcalde habló con papá y le pidió mi mano.

MANZANILLO. – ¿El alcalde?... Já, já, já...

ESTRELLA. – No se ría, que la cosa es muy seria.

MANZANILLO. – (*Entusiasmado*). ¿Quiere usted ser alcaldesa?... ¡Formidable! Es lo mejor que ha podido ocurrírselle.

ESTRELLA. – Supóngase que interpretó mal la deferencia con que yo siempre lo trataba, por lo mismo que es tan bobito... Cuando comprendió que se había puesto en ridículo, y sopechó además que... que... bueno: que entre usted y yo podía haber algo...

MANZANILLO. – ¿Entre usted y yo?... ¡Qué mal informado! ¡No aspiro a tanto!... Ese, ese es el tipo preciso de que usted me hablaba el otro día... ¡A casarse con el alcalde de Chirítí!

ESTRELLA. – ¡No más ironías, por favor! Piense que ese hombre abandonó de un golpe su mansedumbre y se ha vuelto un toro. Acaba de poner en el cepo a don Pirulo... Echó a rodar además la noticia... ya todo el mundo lo está comentando... de que usted viene vendido a los conservadores; y de que nosotros, con el dinero que nos robamos en otra época, somos sus empresarios.

MANZANILLO. – A mí no me asustan. ¿Quieren por las buenas? ¡Entendido!... ¿Quieren por las malas? ¡Aceptado!... Voy a entendérmelas con ese imbécil.

ESTRELLA. – ¿Con qué objeto?... Lo mejor es que se vaya ahora tranquilo, mientras pasa el alboroto... ¡Supóngase que hasta amenazan con apedrearnos el almacén y las empresas!... ¿Quién contiene una turba fanática, convencida de que está en lo cierto?

MANZANILLO. – Segundo sospecho entonces, a usted no le preocupa tanto el peligro en que yo esté, sino el que corren sus negocios...

ESTRELLA. – ¡Muy noble está esa suspicacia!

MANZANILLO. – No se afane Estrellita... Esa turba que pretende causarles daño la domino yo... Voy a demostrárselo.

ESTRELLA. – Insúlteme todo lo que quiera, pero no salga ahora.

MANZANILLO. – ¿Que no salga?... (*Saca la pistola*).

ESTRELLA. – ¡Va a correr un peligro inútil!

MANZANILLO. – No importa.

(Sale **MANZANILLO** por la izquierda, pistola en mano, y **TOMASA** aparece por el fondo).

TOMASA. – Pero mijita. – ¿Cómo lo deja salir a la plaza? ¡A como están los ánimos!

ESTRELLA. – No puedo convencerlo.

TOMASA. – Y lo dice con gusto para sus adentros. Como que le encanta que los hombres peleen por ella.

ESTRELLA. – Tengo miedo, misiá Tomasita... Pero al mismo tiempo... ¡una alegría!

TOMASA. – ¿Y por qué?... Le habló de casorio?

ESTRELLA. – Manzanillo me parecía... nada más que un manzanillo... De pronto lo vi plantarse como un hombre hecho y derecho.

TOMASA. – ¿Y luego qué creía que era?

(*Ruido de tumulto*).

ESTRELLA. – (*Al balcón*). ¡Pero qué locura! ¡Hablando en mitad de la plaza!

TOMASA. – Eso sí; porque para orador... ¡Hasta para pedir una limonada hace un discurso!

ESTRELLA. – ¡Se agarraron, misiá Tomasita!... ¿Qué hacemos?

TOMASA. – (*Al balcón, feliz*) ¡Ahí sos, camisón rosao! ¡Duro! ¡Más duro! ¡Me gusta verlos divididos a muerte!

(*Se oye un disparo*).

ESTRELLA. – ¡Ay, misiá Tomasita!

TOMASA. – ¡Cielo santo!

ESTRELLA. – (*Un grito desgarrador*). ¡Lo hirieron!

(*Entra CRISTICO tapándose los oídos*)

TOMASA. – ¡Jesús Credo Santo y Bendito! (*Se arrodilla, sin mirar más en mitad de la escena y reza monótonamente*).... Inmaculada Concepción de María, San Antonio de Padua. Jesús, José y María, asistido en su última agonía.

CRISTICO. – (*Al caer Tomasa de rodillas, cae él también, pero siempre sonriente*).

TOMASA. – (**Se levanta como un torbellino**). Cristico: ve a llamar al señor Cura.

ESTRELLA. – (**Tapándose la cara**). No quiero ver... No quiero ver...

TOMASA. – (**Va al balcón**). ¡Pero se mueve!... ¡Pataleal!... ¡Virgen Santísima de Chiquinquirá!... ¡Al menos que no se vaya a morir sin confesión!... ¡Súbanlo! ¡Súbanlo aquí a la sala!...

(**Regresando y viendo que el bobo permanece inmóvil**). ¿Qué hubo Cristico?... (**Lo empuja hacia la izquierda**). ¡Aprisa!... (**Sale CRISTICO**). ¡Pero qué niña esta!... ¿Y para qué lo dejó salir?... Tanto que sabe guardar la plata, ¿por qué no hace lo mismo con los enamorados?

(**Entra por la izquierda MANZANILLO, conducido por CUNCIO y otro policía**).

MANZANILLO. – Les repito que me suelten, que no es nada.

ESTRELLA. – Si tiene la cara bañada en sangre.

CUNCIO. – ¿No ve que, cuando jue a disparar, tuve que arrempujarle su bolillazo?

ESTRELLA. – Misiá Tomasa: agua y una toalla... Y que manden a la botica por un desinfectante...

TOMASA. – Yo tengo. Yo tengo... (**Sale por el fondo**).

ESTRELLA. – Muy poco... Eso no importa... (**Saca la cartera y reparte propinas**).... Y ahora háganme el favor de retirarse.

CUNCIO. – Sucede que... como el dotor se presentó con armas... y eso ta prohibido.

MANZANILLO. – ¿Y qué?

CUNCIO. – Que como uno es aquí la autoridá...

MANZANILLO. – A la orden de la autoridad... ¡Admirable!... ¿Quién le ha dicho a usted que no tengo permiso para llevar armas?... ¿Quién?... Además, esos asuntos se ventilan en el tribunal, y no en el domicilio privado... ¿Dónde está la orden de allanamiento?... ¿Dónde la orden de captura? ¿Dónde los requisitos que prescribe el artículo 138 del Código Penal?... Llene usted todas esas formalidades y estoy a sus órdenes.

CUNCIO. – (**Que ha ido retrocediendo, cohibido, ante cada disparo del discurso**). Excusará el dotor... Pero... como el señor alcalde...

MANZANILLO. – Vaya dígale al señor alcalde que yo mismo me doy la casa por cárcel, de acuerdo con la ley, mientras ponemos en claro quién agredió a quién... Usted puede quedarse haciendo guardia en el parquecito... o en la tienda de la esquina... Tome para el aperitivo.

(**Al salir CUNCIO por la izquierda, TOMASA reaparece por el fondo toalla y medicamentos**)

ESTRELLA. – ¡Se lo advertí!

TOMASA. – Aquí tiene toalla... y agua oxigenada... Y échele también un poquito de agua de San Ignacio, para que no le vaya a dar infección.

MANZANILLO. – No es necesario.

ESTRELLA. – (**Maniobrando**). ¡Quieto, por favor!

TOMASA. – Bendito sea Dios que no fue nada.

(Sale **TOMASA de nuevo por el fondo**).

MANZANILLO. – ¡Deliciosa enfermera!

ESTRELLA. – ¡Mi amor! ¡Mi amor me has dado un susto!

MANZANILLO. – Mi regalo de bodas... Porque supongo que ahora sí estarás dispuesta a casarte con el alcalde.

ESTRELLA. – (**Divertida**). ¡Mañana mismo!

MANZANILLO. – ¡Tiene que ser hoy mismo!

ESTRELLA. – (**Resentida, apartándose**). Si tú lo deseas...

MANZANILLO. – (**Abrazándola**). ¿Palabra de honor?

ESTRELLA. – ¡Claro que sí!

MANZANILLO. – Te hablo en serio.

ESTRELLA. – (**Estrechándole el abrazo**). ¡Encantada!

(**Entra LINO por la izquierda**).

LINO. – ¡Así los quería yo ver! ¿Con que no andaban mal mis sospechas!

ESTRELLA. – Papá: ¡Ecce Homo!

LINO. – Con que de coalición, ¿no?... Pues si tanto miedo le tienen a la coalición, vamos a hacerla. (**Les junta las cabezas**).

ESTRELLA. – ¡Cuidado papá! ¡Que está herido!

MANZANILLO. – (**Acermando de nuevo la cabeza**). No, no... No me asusta la coalición.

ESTRELLA. – Pero ve a lavarle la cara... Aunque sea ahí, en el plató de misiá Tomasa.

MANZANILLO. – (**Contento, eufórico, yendo al fondo**). Con su permiso, misiá Tomasa, le usufructuó sus ingredientes...

TOMASA. – (**Dentro**). Pase, doctor. Pase.

(Sale **Manzanillo por el fondo**).

LINO. – ¿Ahora sí?

ESTRELLA. – Ahora sí, papá. (**Lo abraza**).

LINO. – Con esos pantaloncitos que le resultaron, a más de su picardía; y con los tuyos por detrás... y las ganas que me están dando de volverme a meter en política, ¡veremos si sale o no adelante la coalición que nos están inventando!

(**Entra por la izquierda MODESTO con CUNCIO y otro policía**).

MODESTO. – (**Autoritario**). ¿Aquí es?

CUNCIO. – Aquí era donde taba repartiendo aperitivos... como si uno se vendiera por cualquier guarapo.

MODESTO. – ¡Guarden la puerta! ¡Aquí no entra ni sale nadie!

LINO. – ¡Aceptado!... Pero que se quiten el sombrero, porque hay señoritas.

MODESTO. – (**Furioso**). ¡Soy el alcalde! ¡Y no acepto indicaciones de nadie! ¡Y el que chiste se va de este hotel a otro de menor categoría!

ESTRELLA. – ¿A más de alcalde es usted hotelero?... ¡Qué deslealtad con misiá Tomasa!

MODESTO. – (**Energúmeno**). En ejercicio de mis funciones no acepto indicaciones de nadie, señorita... Sepa que estoy dispuesto, si es necesario, a meterlos a ustedes al coso...

LINO. – ¿A dónde?

MODESTO. – Digo. – a la cárcel... para imponer el orden y la moralidad en el pueblo.

(*Entran por el fondo MANZANILLO y TOMASA*).

TOMASA. – Ahí lo tienen ya carilimpió.

MANZANILLO. – ¿Y ahora qué sucede?

MODESTO. – (**A CUNCIO**). Arreen con él por lo pronto, sin más explicaciones.

MANZANILLO. – (**Muy sereno**). ¿Qué arreen?... ¿Para dónde?

MODESTO. – Pronto lo sabrá.

(*El policía sujet a MANZANILLO por los brazos y CUNCIO lo esculca*).

CUNCIO. – Tese queto, mi dotor, mientras se le saca la pólvora... No me haga jalarle otra vez con el bolillo: porque si endespués le doy en mala parte...

MANZANILLO. – (**Alzando los brazos**).... Como respeten la cartera...

CUNCIO. – ¡Como no somos sus ladrones!... (**Le quita el pañuelo, el pliego y otros detalles**). Es lo que le digo, señor alcalde: que a más de llevar armas prohibidas, no sabe sino irrespetar a la autoridá.

MODESTO. – Ya arreglaremos esto, y otras cosas más.

MANZANILLO. – Pero... yo quisiera saber en qué se apoyan ustedes para cometer este atropello.

MODESTO. – ¡En mis órdenes!

MANZANILLO. – ¿Y usted quién es?

MODESTO. – Pues si eso le endulza el oído, aunque redunde, ¡soy el alcalde!

MANZANILLO. – ¿Está usted seguro?

TOMASA. – Calma, doctorcito, calma, porque después es para peor.

MANZANILLO. – Suéltame. Cuncio... No hay el menor peligro de que me rebete contra la autoridad legítimamente constituida... Me iré contigo dentro de un momento... Pero ante todo, pongamos en claro quién es aquí el alcalde... (*Quitándole a CUNCIO el pliego, que éste se ha puesto en el cinturón*). Desde las primeras horas de la mañana de hoy, don Modesto, estoy nombrado alcalde de Chirití... (*Le entrega el papel*).

TOMASA. – ¡Me oyó Santa Rosita!

MODESTO. – (*Leyendo, muy desconcertado*). Pues... no tenía la menor noticia.

MANZANILLO. – Se la traía yo mismo... Pero como andaba usted exaltando los ánimos...

MODESTO. –... Pues... entonces a sus órdenes, doctor... y excusará...

CUNCIO. – Güeno: y en últimas, ¿en qué quedamos?... Que en después de meterlo a uno en estas vainas, lo dejan sin saber por dónde echar.

MODESTO. – Sí... El doctor Manzanillo... es mi sucesor...

CUNCIO. – (*A MANZANILLO*). Pues... con tuel respeto que se le tiene aquí al señor dotor... porque eso sí: él sabe que pa servirle y al partido, uno ta siempre listo... Y perdonará; porque como uno es bruto y no sabe ler, que tiene estas equivocaciones... Y excuse la güena voluntá.

MODESTO. – Entonces... me retiro.

MANZANILLO. – No, don Modesto. Ahora es usted quien se va con Cuncio por abuso de autoridad, allanamiento, irrespeto a las damas... y otros lunares de que hablaremos luego... (*A los policías*). ¡Requísenlo!

CUNCIO. – (*Lo esculca y le encuentra una cauchera*). Mire, dotor. – las armas prohibitivas. Con razón que se estuvieran perdiendo las gallinas de misiá Sinforosa... (*Le dispara un flechazo*).

MODESTO. – ¡No sea brusco!

MANZANILLO. – ¡Que vaya a reemplazar a Pirulo!

CUNCIO. – Eche pa lante, don Modesto, no sea que en mitá de camino güelvan a cambiar el gobierno.

(*Salen por la izquierda CUNCIO y el policía conduciendo a MODESTO*).

MANZANILLO. – (*Hacia afuera*). Y le dicen a Pirulo que venga. (*A LINO*).... Quiero hacerlo otra vez personero... ¿Cuento co su voto, don Lino?

LINO. – Y con toda la minoría.

TOMASA. – ¡Pero qué lujo el que nos mandan! (*Abraza a MANZANILLO*). ¡Así cualquiera se volteá!

ESTRELLA. – Pero, ¿pero en serio, César?

MANZANILLO. – Muy en serio. Para echarme de la gobernación, tenían que ofrecerme algo. Yo pedí esto, y no podían negármelo... Y aquí me tienen... ¡hasta el veinte de julio, cuando se abran las cámaras!

LINO. – (*Abrazándolo también*). Si lo dejamos ir...

MANZANILLO. – ¡Iré, don Lino!... No comparto las ideas de Lenin, pero admiro una de sus frases. – "dar un paso atrás, para dar luego dos adelante!"

(*Entra el CURA con CRISTICO*).

CURA. – Muy buenos y santos. ¿Qué pasa por aquí?

TOMASA. – ¡A la hora que viene Su Reverencia! ¡Ya para qué!

CURA. – ¿No había un herido?

CRISTICO. – (*Complacidísimo*). Era el doctor...

MANZANILLO. – ¡Herido de amor, señor Cura!

CURA. – ¡Aleluya!

MANZANILLO. – (*Abrazando a ESTRELLA*). Herido por ella, que aspira a casarse con el alcalde... ¡Y el alcalde soy yo!

CURA. – (*Yendo a abrazarlo*). ¡María Santísima!... ¡Por Omnia Sécula Seculorum!

(*Entra PIRULO por la izquierda, radiante*).

PIRULO. – ¡Cesarito!... (*Abraza a MANZANILLO*). ¡Eres una fiera!

MANZANILLO. – Ya puedes ver, que no abandono a los amigos.

TOMASA. – Bueno: ya que ayudé en esto don Lino, ahora sí me tiene que rebajar el arriendo.

LINO. – Ni le rebajo ni le aumento... Pero nos amadrina esto.

MANZANILLO. – Con Pirulo.

PIRULO. – (*Abrazando a TOMASA*). ¡Ni pensarlo!

MANZANILLO. – (*Al CURA*). Y usted, doctor, tome por adelantado... No me vine con las manos vacías... ¡Aquí está el auxilio que le ofrecí para acabar las torres de la iglesia de Chiríti!

CURA. – (*Abrazando a MANZANILLO*). ¡AH! ¡Qué armonía! ¡Qué armonía!

MANZANILLO. – (*Al abrazarlo, lo levanta en peso*).

TOMASA. – ¡Ahora sí, que echen a vuelo las campanas.

TELON